

DEZ
ÍN

COMEDIA
EN
TRES ACTOS

AN CERRADO EL PORTAL

7

LA FARSA

50 CTS.

Cubierta

de

este

número:

Concha

Catalá,

actriz

de

Lara

HAN CERRADO EL PORTAL

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

HAN CERRADO EL PORTAL

JUEGO DE COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, el día 22 de enero, de 1931.

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO



LA FARSA

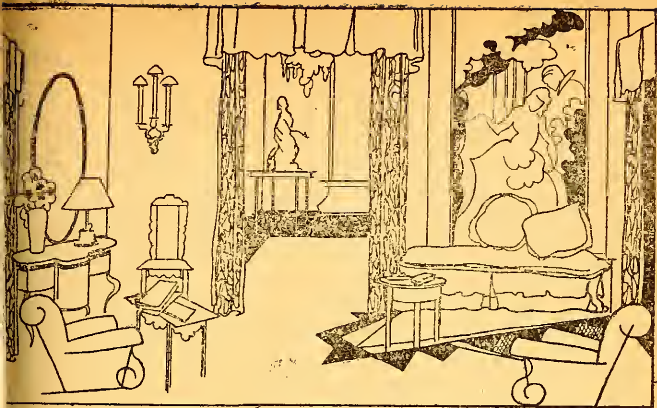
AÑO V | 21 DE MARZO DE 1931 | NÚM. 184

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Marisa	Carmen Carbonell.
Isabel	Concha Catalá.
Irene	Soledad Domínguez.
Paulina	Matilde Galiana.
Miguel	Manuel González.
Juanito	Nicolás Rodríguez
Curro	Gaspar Campos.

Epoca actual.



ACTO PRIMERO

lón lujoso en casa de los Prado Río de la Vega. Tres puertas. La del foro da al vestíbulo. Es de noche.

La escena, a obscuras. El vestíbulo encendido. Nadie en es-
a. En seguida entra por el foro MARISA en traje de calle,
igada, seguida de CURRO, el criado, que enciende el salón.)

IARISA.—(*Despojándose del gabán y el sombrero.*) ¿Salió mi dre?

URRO.—Sí, señorita. Vinieron a buscarla. Estuvo esperan- a la señorita, por si quería ir con ella.

IARISA.—El banquete a miss Cambell en el Club de señoras durado hasta muy tarde. Hubo muchos discursos. Me hi- on hablar.

URRO.—Y la señorita habrá estado elocuente.

IARISA.—Figúrate. "Labor de las madres españolas en la ancia de sus hijos". El tema más indicado para una sol-

Pausa.)

URRO.—¿La señorita ya no sale? La señora dejó dicho que a señorita quería ir, están en el Avenida, fila 22, uno al ve. La dejarán la butaca en la taquilla.

ARISA.—No. Estoy cansada. Madrugué para ir al golf y ma-

ñana tenemos una partida muy fuerte. Prefiero acostarme prano. El señor ¿salió también?

CURRO.—No vino a cenar. Mandó un botones del Casi recogcr la llave.

MARISA.—¿Y Juanito?

CURRO.—El señorito, sí. Salió momentos después que l ñora en su coche.

MARISA.—¿Quién vino a buscar a la señora?

CURRO.—La señora baronesa de Cumbre Nevada. (*Pausa. risa se sienta.*) Lástima que la señorita se quede tan sola.

MARISA.—No soy sentimental. Además, tú me harás pañía.

CURRO.—Mi compañía mal puede distraer a la señorita

MARISA.—¿Crees que lo haces peor que cualquier caball de los que frecuentan la casa? Estás equivocado. Tú eres inteligente. Y sabes callar a tiempo.

CURRO.—La señorita es muy buena conmigo.

MARISA.—¿Quieres que juguemos a algo?

CURRO.—(*Confuso.*) ¡Señorita...!

MARISA.—¡Anda, hombre, atrévete! ¿A qué sabes jugar mah-jongg? ¿Al póker? ¿Al bridge?

CURRO.—Señorita... Yo no sé jugar más que al mus.

MARISA.—¡Pues al mus! ¡Yo también sé! Si ahora es moda. Anda, trae una baraja.

CURRO.—La señorita sabrá disculparme si no la obe No me hago a la idea de oírla decir: "¡Envido! ¡Ordago grande!"

MARISA.—¿Ves que fino eres? En cambio a Gorito y a les divierte tanto. (*Otra pausa. Cambiando de tono.*) ¿T tabaco?

CURRO.—Es picadura inglesa, muy fuerte.

MARISA.—¿De la que fuma el señor?...

CURRO.—(*Protestando.*) ¡Señorita!

MARISA.—Trae. (*Señalando a una caja de pitillos que sobre la mesa.*) Este ya no me gusta. No sabe a nada. (*saca una bolsita de goma y se la ofrece.*) Dame papel. (*la ofrece un librillo. Marisa, aunque con bastante to consigue liar un cigarro. Mientras habla.*) Eres un criad delo, Curro. Y yo te quiero mucho. Si algún día me da mala idea me escaparé contigo. Con el chófer ya no se (*Otra pausa. Curro la mira con fijeza.*) ¿Por qué me mira

CURRO.—Porque me aflige verla empeñada en decir cos no siente. La señorita se quiere convencer de que es u ñorita muy a la moderna... y no.

MARISA.—¿Cómo?

CURRO.—Que no es verdad. Que la señorita tiene de moder- lo que de moderna debe tener. La señorita no necesita an- dores para ir por la vida. Y si el dia de mañana—Dios no quiera—la ilustre casa de su señor padre se viniese abajo, señorita sabría desenvolverse como nadie y ganarse la vida ucho mejor que el señorito. Esto es lo que tiene de moderna señorita. Lo que todas debian tener, que para eso es el ogreso y la educación. Pero la señorita tiene otras muchas alidades que no abundan. La señorita es... muy femenina.

MARISA.—(*Estrechándole la mano a viva fuerza.*) ¡Bravo, rro! ¡Choca esos cinco! ¡Cuántas hubieran envidiado tu cuencia en el Club de señoras! Pero no se lo digas a nadie, rque no van a creerte. (*De pronto, escuchando.*) ¿Qué pasa en calle? Parece que gritan.

CURRO.—Si quiere la señorita, me asomaré por el mirador.

MARISA.—Sí. Ve a ver. (*Curro hace mutis por la derecha. Pau- Marisa va a un espejo. Se contempla. Saca una barra de rmín y se pinta los labios. Alto, a Curro.*) ¿Qué ha sido, rro?

CURRO.—(*Dentro.*) Nada, señorita. (*Otra pausa. Vuelve Curro. risa continúa pintándose, indiferente a lo que hablan.*) Una a. Los serenos se han llevado al agresor y al herido.

MARISA.—(*Sin dejar de pintarse.*) ¿Grave?

CURRO.—No creo.

(*Otro silencio.*)

MARISA.—(*Guardándose la barra y la polvera y como vol- ndo al mundo.*) Conque soy femenina, ¿eh? (*Tendiéndose, s que sentándose, en un diván, con las piernas cruzadas y endiendo otro cigarrillo, aunque ahora de los de su taba- era.*) Pues a ver si sabes entretenerme como suele gustar a mujeres que las entretengan.

CURRO.—(*Perplejo.*) No comprendo...

MARISA.—No eres malicioso... Ni yo tampoco. No, hombre. te pido chascarrillos picantes. Con los chismes me confor- . Cuéntame chismes. ¿Qué hay de la nueva vecina?

CURRO.—No la conozco siquiera.

MARISA.—¿Pues qué hacías ayer, que casi te caíste al patio mirar hacia arriba?

CURRO.—Limpiaba los cristales de la galería.

MARISA.—¿Pero no viste nada? ¿O era a la criada lo que abas?

CURRO.—Por Dios, señorita... ¡Aun hay clases!

MARISA.—Pues por eso, Curro.

CURRO.—La verdad... Sí, señorita... La vecina regaba un plantas que tiene en el comedor. Yo creí que llovia... Miré Y...

MARISA.—¿Es guapa?

CURRO.—No está mal.

MARISA.—¿Y alegre?

CURRO.—Bastante.

MARISA.—¿Tú la has subido alguna carta?

CURRO.—(*Ofendidísimo.*) ¡Señorita! No es que yo escriba n Ahora me han recomendado una comedia en el concurso *A B C.* Pero de eso a que yo me atreviera...

MARISA.—Digo de parte del señor.

CURRO.—El señor es una persona muy seria, señorita.

MARISA.—A ciertas horas. Si no lo fuera, subiría él mis

CURRO.—¡La juro, señorita...!

MARISA.—¿Qué de particular tendría? Siendo inquilina señor... Algún contrato... Algún documento...

CURRO.—Eso incumbe al administrador.

MARISA.—Está bien. Diré al señor que te aumente el sue Siquiera por la lealtad. ¿Y el señorito? ¿Qué vida hace el ñorito Juan?

CURRO.—Una vida muy ordenada. Se levanta a la una va a tomar el aperitivo. Almuerza... donde le pilla. Vien cenar..., pero no cena. Se viste de noche, para cenar..., cena por ahi..., donde se tercia. Anda de acá para allá ta las tantas. Creo que de dos a tres vuelve a cenar ¡Dios dónde!... Viene a dormir sobre las ocho. O no viene va, caen las pesas. Se baña. Se acuesta... o no se acuesta. S vanta a la una... o no se levanta... Sale otra vez... Viene. no viene...

MARISA.—Y así siempre.

CURRO.—Por lo demás, una vida muy ordenada. Ya vé ted. Hay cuatro días al año que no pisa la calle: Viernes to, el jueves después de Carnaval, el dia de Difuntos...

MARISA.—Y el dia de las Animas.

CURRO.—No, señorita. El dia de la Fiesta de la Flor, s todo si cae a fin de mes... ¡A ver si no es un señorito qu tiene gusto a la casa!

MARISA.—A la casa ajena.

CURRO.—¿Sabe la señorita lo que he pensado alguna Que la señorita y el señorito debían casarse. La señorit meteria en vereda.

MARISA.—¡Qué disparate! ¡Dos hermanos!

CURRO.—Hermanos, ¿de qué? Y la señora, muy gozosa de ue su hija se casara con el hijo del señor, y el señor, muy rgulloso de que su hijo se casara con la hija de la señora.

MARISA.—Pero yo no. El padre y el hijo son como dos gotas e agua. Y ya ves que el señor, habiéndose casado muy enamo-ado de mi madre, no se comporta con ella como se merece.

CURRO.—Eso es verdad. ¡La señora es una santa!

MARISA.—Y Juanito no es mi tipo. Le quiero más hombre. ue haya vivido mucho. Que cuando sea mío, ya no sienta eseos de engañarme. (*Pausa. Levantándose del diván.*) ¿Cerra-on ya el portal?

CURRO.—Sí, señorita. Hace rato. ¿Deseaba algo de la calle la eñorita?

MARISA.—Sí. Un cock-tail y unos periódicos para distraerme.

CURRO.—El cock-tail se lo puedo preparar yo. He comprado se libro que ha publicado el barman de Pidoux y estoy he-ho un as. Para los periódicos puede que el portero esté todavía vantado.

MARISA.—No. No vale la pena. Con esto de la censura no aen nada que leer. Ayer no hubo estreno. Y es lo único que e divierte.

CURRO.—(*Por un montón de revistas que habrá sobre una esita accesoria.*) Estas revistas inglesas llegaron hoy.

MARISA.—Acércamelas. (*Curro lo hace.*) Puedes retirarte.

CURRO.—Si la señorita no tiene preferencia especial, la pre-araré el cock-tail a mi gusto.

MARISA.—Bueno. (*Curro se dirige a la puerta del foro.*) ¿Han amado?

CURRO.—Sí, señorita. Con su permiso. (*Vase por el foro. Ma-sa coge las revistas y las pone sobre la mesa. Luego enciende na luz de pie, va al foro y apaga la lámpara central. La es-na queda en una penumbra muy agradable, salvo el círculo tenso que proyecta la lámpara portátil y la viva claridad del stíbulo. Marisa arrima un butacón a la mesita. Se hunde en . Enciende otro cigarrillo y empieza a hojear las revistas. sí pasa algún tiempo. Luego vuelve Curro.*)

CURRO.—¿Señorita?

MARISA.—(*Sin levantar la vista del periódico.*) ¿Qué hay, urro?

CURRO.—Que vengo a preguntar a la señorita qué hago con i individuo que ha llamado aquí, pero no viene aquí.

MARISA.—(*Indiferente.*) Lo que se hace con quien se equiv ca. Ponerle de patitas en la calle.

CURRO.—(*Muy flemático.*) Es que... no se ha equivocado.

MARISA.—(*Levantando los ojos del periódico.*) Entonces, ¿v ne, aquí?

CURRO.—No, señorita; no viene aquí.

MARISA.—No lo entiendo.

CURRO.—(*Cada vez con más calma.*) Además, no se irá, p que viene, precisamente, porque no puede irse.

MARISA.—(*De mala gana.*) Explícate.

CURRO.—El individuo que ha llamado aquí no venía aq Venía al piso de arriba. Al de la nueva vecina, precisamen Pero, por lo visto, la vecina, que debía esperarle, no le ha perado, y se ha encontrado encerrado en la escalera, a oscu y solo.

MARISA.—(*Empezando a impacientarse.*) Bueno, ¿y qué?

CURRO.—Que no puede salir y recurre a nosotros.

MARISA.—Que llame al portero.

CURRO.—Es que resulta que el portero no está. Se ha con su mujer al cine, como todas las noches.

MARISA.—(*Nerviosa ya.*) ¿Y por qué, en vez de bajar ac no ha llamado en el cuarto del escultor, que está más cer

CURRO.—(*Con calma creciente.*) Ya ha llamado. Pero tam co están.

MARISA.—Pues ábrelo tú y que se vaya de una vez.

CURRO.—No tenemos llave.

MARISA.—Si habia dos.

CURRO.—Una se la ha llevado el señorito. Otra el boto del Casino.

MARISA.—Pues llamar a otro piso. Dar una voz al ser ¡Todo, menos tener ahí a un desconocido a estas horas!

CURRO.—Es que como no le dejemos en la escalera, no posible.

MARISA.—¿No hay quien abra la puerta?

CURRO.—No, señorita. Verá usted. El sereno se ha ido a comisaría. Descontados el escultor, la vecina alegre y el tero, no quedan en la casa más que los franceses que es en París y tienen cerrado el piso y el matrimonio recién sado, que se han quedado sin servidumbre, porque las cria decían que no querían presenciar ciertas escenas, y no co en casa.

MARISA.—¿Y cómo ha entrado entonces?

CURRO.—Por lo visto dió la casualidad de que cuando e

lamando al sereno salían el criado del escultor y una mu-
muy tapada. Digo yo que sería la doncella de la nueva
na, que suele irse de bolina con él, cuando ella sale. Con-
› en que le esperaban, los dijo que cerrasen. Luego, al
e prisionero, fué llamando de puerta en puerta inútilmen-
Hasta que ha visto luz aquí y ha tocado el timbre en la
de que tendríamos llave.

ARISA.—¡Pero esto no puede volver a suceder! ¡Quedamos aislados del mundo!

JRRO.—(*Sin perder nunca la calma.*) Mañana ya me cuida-
o. Esto no ha sucedido nunca. Es mucha casualidad.

ARISA.—(*Roja de cólera.*) Pero, ¿el hecho es que está ahí,
l vestíbulo?

JRRO.—Sí, señorita. En el vestíbulo.

ARISA.—¡Pues que salga por la chimenea! O que duerma
a escalera hasta que vuelva el sereno o entre alguien. Sá-
una silla y que espere en el portal.

JRRO.—¿Con la noche que está, señorita? La cancela del
al tiene el cristal roto, ¡y entra un gris...!

ARISA.—¿Pretenderás que admita yo en mi casa a un sér
año, que a lo mejor es un facineroso?

JRRO.—No, señorita. Que le deje usted esperar ahí, en el
íbulo.

ARISA.—(*Colérica.*) ¡Ah! ¡Ese hombre no intentará eso!

JRRO.—Es que... no es un hombre.

ARISA.—¿Pues qué es?

JRRO.—Parece un caballero... Viste de frac... Trae gabán
ieles... Y tiene un aire muy señor.

ARISA.—(*Empezando a interesarle.*) ¿Un aire muy señor, y
de frac...?

JRRO.—Y se expresa con toda cortesía. Se ha deshecho en ex-
s y explicaciones. Es alto... Guapo... Buen tipo.

ARISA.—¿Buen tipo? ¿Joven?

JRRO.—Joven. Aunque ya no es ningún muchacho. ¿Quie-
sted verlo?

ARISA.—¡No! ¡No!

JRRO.—De no ser un Rafles, tiene que usar corona.

ARISA.—¿Tú crees?...

RRO.—Estoy seguro.

ARISA.—Puede ser que nos hayamos equivocado.

JRRO.—Sí, señorita. No se debe juzgar de ligero.

ARISA.—(*Vacilando.*) ¿Dices... que podría verle?

RRO.—Muy fácilmente.

MARISA.—¿Sin ser vista?

CURRO.—Por supuesto. Colóquese usted aquí, a mi lado. ¿Le ve por el espejo? Está de perfil. (*Marisa se ha coloca junto a Curro y mira a un espejo en el que se supone ref jada la imagen del visitante.*)

MARISA.—(*Vivamente emocionada.*) ¡Pues es verdad! Tien razón, Curro, con esa figura no puede ser un granuja.

CURRO.—Tanto como ser un granuja... no diría yo. Pe noble, desde luego lo es. Porque, además, me ha dado es tarjeta para que se la pase a la señorita.

MARISA.—¡Por ahí podías haber empezado! ¿A ver? (*Cur le da una tarjeta. Ella lee.*) Miguel Campo Alegre. Conde San Cristóbal... ¡Ay, Curro, qué mala sangre tienes!

CURRO.—¿Le conoce la señorita?

MARISA.—De nombre. Es de la más rancia aristocracia.

CURRO.—(*En tono zumbón.*) Entonces, ¿le saco la silla portal?

MARISA.—(*Reconviniéndole.*) ¡Curro!

CURRO.—¿Le digo que se siente?

MARISA.—Le dices que pase. ¡Na faltaba más! (*Ha vuelto sacar la barrita y se compone apresuradamente.*)

CURRO.—(*Con calma desesperante.*) Me permito recordar a señorita que está sola en casa.

MARISA.—Sobra tu advertencia, tan insolente como ociosa

CURRO.—Discúlpeme la señorita... ¿Y si fuese un facine so, como dijo la señorita?

MARISA.—¡No disparates, Curro! ¡No disparates! (*Ha ter nado de hacer su brevísima toilete.*) Dile que pase.

CURRO.—(*Con fingido asombro.*) ¿Aquí? ¿Al salón? ¿Y señorita va a hacerle los honores?

MARISA.—¿Se los vas a hacer tú? (*Con cómica solemnid* ¡Es el conde de San Cristóbal!

CURRO.—¡Ah! ¡Ni una palabra más! (*Curro hace mutis. M risa adopta una actitud indolente y fuma como una chi nea. Vuelve Curro.*)

CURRO.—(*Anunciando.*) ¡El señor conde de San Cristób

(*Entra MIGUEL. Indumentaria como se ha dicho. Gabán pieles. Frac.*)

MIGUEL.—A los pies de usted.

MARISA.—Adelante.

MIGUEL.—¿Es usted la dueña de la casa?

MARISA.—Casi. Soy su hija.

MIGUEL.—Discúlpeme, señorita. Tengo que pedirle mil excusas por este allanamiento de morada, tan involuntario como forzoso.

MARISA.—Nada de eso, señor. Su presentación no deja de tener cierta originalidad. Pero ella me proporciona el placer de conocer al conde de San Cristóbal.

MIGUEL.—El placer y el honor altísimos son para mí. La hospitalidad de usted, excesiva. Yo sólo pedía que se me abriera el portal, y visto que esto era más difícil que destituir a Musolini, que se me permitiera esperar en el vestíbulo hasta que volviera el sereno. Pero pasarme aquí y recibirme además quien me recibe, colma mi buena fortuna.

MARISA.—Es elemental deber de cortesía entre gentes bien educadas. ¿No hubiera usted hecho igual conmigo?

MIGUEL.—Y hubiera aprovechado su espera para mandar tabicar las puertas de salida.

MARISA.—(*Riéndose.*) Con lo que hubiera quedado cautiva de usted para siempre.

MIGUEL.—En eso, como en todo, me lleva usted ventaja. Sin que tabiquen las puertas, cautivo estoy desde que entré.

MARISA.—Muy gentil. (*Pausa. Curro, como una estatua, no se ha movido de la puerta.*) Quítese el gabán. Aquí hace calor.

MIGUEL.—Serán unos minutos.

MARISA.—El tiempo que sea, que esté usted a gusto. ¿Curro? (*Curro acude solícito en ayuda de Miguel. Este se despoja del gabán, que entrega a Curro, así como los guantes y el sombrero que traía en la mano. Curro hace mutis con ello.*)

MARISA.—(*A Miguel, que permanece en actitud indecisa.*) Siéntese. (*Miguel se sienta. Pausa.*)

MIGUEL.—¿Puedo saber a quién debo esta hospitalidad?

MARISA.—Al señor Prado Río de la Vega, barón de Arandilla.

MIGUEL.—¿Prado de la Vega? ¿Relacionado con el afortunado introductor de cigarrillos Calcuta?

MARISA.—Está usted en casa del propio introductor. ¿Por qué le llama afortunado?

MIGUEL.—Se habla de sus cuantiosos beneficios.

MARISA.—Sí. Es mucho el humo que se consume. No podemos quejarnos. Aunque son detestables. (*Señalándole diversos estuches de pitillos que habrá sobre la mesa.*) Mire usted: Abdulas... Turcos... Ingleses... Todos, menos Calcuta. Aquí los detestamos.

MIGUEL.—Es usted una excelente propagandista. (*Pausa.*)

MARISA.—¿Visita usted a la señora viuda de Martínez Hinojado?

MIGUEL.—Sí, señorita. (*Apresuradamente, como el que ha dicho una tontería.*) Y al escultor Domingo Alberto.

MARISA.—(*Con intención.*) ¡Ya! Frecuenta usted la casa. Es encantadora la señora viuda de Martínez Hinojado.

MIGUEL.—Mucho. Pero con serlo mucho, usted es más indulgente todavía.

MARISA.—No trataba de comparar.

MIGUEL.—(*Rápido.*) ¡Ni yo tampoco! ¡Líbreme Dios! Hay cosas incomparables.

MARISA.—Su galantería, por ejemplo.

MIGUEL.—¡Oh, no! Si me atreviese a galantear a usted en estas circunstancias, cometería la más grave incorrección. Pero no se puede hacer que los ojos enmudezcan. (*Cambiando de tono.*) Seguramente la estaré importunando.

MARISA.—No, señor. Iba a acostarme, pero no tenía sueño. Lo hacía como preparación para mañana.

MIGUEL.—¿Tiene usted que madrugar?

MARISA.—Acostumbro. Hago mucho ejercicio físico, y la mañana es la mejor hora.

MIGUEL.—¿Es usted deportista?

MARISA.—Bastante. Por necesidad. Por salud. Me gusta estar alegre, y sin salud no hay alegría. Pero a las once se acaba mi lectura física. Hasta las dos voy a la universidad.

MIGUEL.—¿Estudia usted?

MARISA.—Letras. (*Pausa. El se ha quedado contemplándola.*) ¿Qué piensa usted?

MIGUEL.—Que empiezo a reconciliarme con las modernas *girls*.

MARISA.—Me suponía que era usted un hombre anticuado.

MIGUEL.—Ya se lo he dicho. Y de usted favorece todo. Hasta ser llamado viejo.

MARISA.—No lo es usted. Donde dije anticuado, ponga usted *demodé*.

MIGUEL.—Peor. Los años no se pueden eludir. El mal gusto, sí. Yo lo eludo cuanto puedo.

MARISA.—¿De veras no le parecen a usted deliciosas las muchachas del día?

MIGUEL.—Siendo como usted, sí. Naturales, inteligentes, femeninas...

MARISA.—Eso mismo acaba de decirme el criado cuando usted llegó.

MIGUEL.—No es una censura para mí, sino un elogio para el criado. Ya advertí que se trataba de una persona comprensiva.

MARISA.—En esta casa, todo es excepcional.

MIGUEL.—Hasta mi turbación. Pero, por Dios, señorita, yo quisiera que ese Aristóteles de los criados estuviese prevenido para que, en cuanto me fuera posible salir, quedase usted tranquila.

MARISA.—Tranquila estoy. (*Llamando al timbre.*) ¿Tiene usted mucha prisa?

MIGUEL.—Si la tuviera, lo olvidaría. Es temor a importunarla. (*Sale Curro.*)

CURRO.—¿Señorita?

MARISA.—El señor desea marcharse en cuanto sea posible.

CURRO.—La guardia está montada, señorita.

MARISA.—Muy bien. (*Curro se va.*)

MIGUEL.—Yo no he dicho que deseaba marcharme.

MARISA.—(*Con malicia.*) Si es natural. Hay mucha diferencia de hablar con la señora viuda de Martínez Hinojado a hablar conmigo.

MIGUEL.—¡Mucha!

MARISA.—¿Es usted madrileño?

MIGUEL.—Nacido en el barrio de la Duquesa Cayetana.

MARISA.—¿No pertenecerá usted a la cofradía de la capa?

MIGUEL.—¡Dios me libre, señorita! ¡Majo, pero no tanto!

MARISA.—Detesto lo castizo.

MIGUEL.—Y yo. (*De pronto, reparando en un retrato del dueño de la casa que hay sobre la mesa en un valiosísimo marco de plata repujada.*) ¡Caramba!

MARISA.—¿Qué hay?

MIGUEL.—¿También aquí? ¿Qué clase de veneración sienten los vecinos de este inmueble por su magnámino casero, que todos ostentan su retrato en el sitio preferente de la casa? ¿Es que no cobra los alquileres?

MARISA.—A nosotros, por lo menos, no. Y parece que no somos los únicos.

MIGUEL.—¿Sabe usted si quedará libre algún cuarto?

MARISA.—¿Para alguna amiguita? Porque no tiene igual generosidad con los caballeros.

MIGUEL.—Lo supongo. Pero sigo sin explicarme...

MARISA.—¿Cómo los Prado Río disfrutamos esa protección? Muy sencillo. El que usted haya visto un retrato como ese en casa de la señora viuda de Martínez Hinojado no quiere decir que esté aquí por circunstancias semejantes.

MIGUEL.—(*Atajándola.*) Lo de estar en casa de esa respetab señora es una suposición de usted.

MARISA.—Lo era. Necesitaba una comprobación y ya la te go. Ahora es una certeza. Pero aquí y allí no se le vene con igual fervor. (*Señalando el retrato.*) Este señor osten una triple representación: la de dueño de esta casa, y con consecuencia, casero; la de introductor afortunado de los f mosos cigarrillos Calcuta, y la de padre, o mejor, padrast de esta humilde amiga de usted.

MIGUEL.—(*Estupefacto.*) Convendrá usted conmigo, señorit en que si ahora no se ha abierto la tierra a mis pies para tr garme, es porque no hay justicia en los abismos infernale La plancha, coladura o chapuzón ha sido de los que hac enrojecer a un negro. No tengo excusa que darla. Júzguen como quiera. Todo lo tengo merecido.

MARISA.—No se apure... (*Mirando la tarjeta que dejó sob la mesa.*) No se apure, Miguel.

MIGUEL.—Miguel Angel.

MARISA.—Pues Miguel Angel. Después de todo, esto ha veni a demostrar que si mi padre tuviera celos, estarían justificado

MIGUEL.—Agradezco el elogio, pero rechazo la suposición. ¿I que usted cree?

MARISA.—Le estimaré mucho que haga desaparecer este r trato de aquella casa. Lo que quizás sea gratitud, puede pa recer escarnio. Y desde luego lo es para mi madre.

MIGUEL.—Yo quisiera saber el nombre de usted para consid rarlo símbolo de buen juicio.

MARISA.—Me dicen Marisa. Me llamo María Isabel.

MIGUEL.—(*Con gran asombro.*) ¿María Isabel?

MARISA.—¿Otra coincidencia?

MIGUEL.—Otra.

MARISA.—¿Agradable?

MIGUEL.—Y triste.

MARISA.—¿Alguna vieja historia? (*Pausa.*) ¿Además de cor de, qué es usted?

MIGUEL.—Ingeniero.

MARISA.—Me refiero a ese además que no se hereda, ni s compra, ni se adquiere, y que suele no servirnos para nad útil.

MIGUEL.—¿Ese además que le hace a usted estudiar letras

MARISA.—Ese.

MIGUEL.—Escribo, dibujo, pinto... Pero sobre todo soy repu

jador. Trabajo el metal y el cuero con bastante gusto, según licen. De ahí mi amistad con el escultor.

MARISA.—Un arte muy interesante.

MIGUEL.—Y que se cotiza muy mal. Si usted me autoriza, endré el placer de cincelarla un brazalete, como recuerdo de sta noche.

MARISA.—¿En pago a mi hospitalidad?

MIGUEL.—¿Pagarla con tan poco?

MARISA.—¿Tiene usted un estudio?

MIGUEL.—Llamémosle así.

MARISA.—¿Un piso de soltero? ¿Una *garçonniere?*

MIGUEL.—No, señorita. Eso se acabó con las novelas de Preost. Un ático sin extravagancias cubistas. Un torreón amplio, laro, lleno de luz y de alegría, donde entra el sol de la maiana. Una terraza cuajada de macetas y bancos andaluces, con u pérgola y sus estatuas... Eso sí, confortable y espaciosa omo un sanatorio. Sanatorio del alma, si se me permite esta xpresión cursi, pero justa, donde se olvida uno del mundo de bajo.

MARISA.—¿Tan alto está? ¿Es un rascacielos?

MIGUEL.—Es un rascacielos.

MARISA.—Me gustaría verlo.

MIGUEL.—Nada más fácil, Marisa... ¿Me deja usted llamarla sí?

MARISA.—¿Por qué no? (*Se ha acercado a ella. Ella le mira ijamente. El afronta la mirada. En este momento entra Curo con dos cok-tails.*)

MARISA.—(*Echándose a reír.*) ¡Vaya, no se ponga usted seio, que aquí está mi barman!

CURRO.—Suponiendo que el señor también bebería, traje dos.

MARISA.—Muy bien hecho, Curro. Ahora vamos a probar iu nixtura. (*A Miguel, ofreciéndole.*) Beba usted.

MIGUEL.—¡Delicioso!

MARISA.—¿Oyes, Curro?

CURRO.—Debo advertir al señor que el sereno ha vuelto y stá esperando.

MIGUEL.—(*Levantándose.*) Entonces...

MARISA.—(*Sorprendida.*) ¿Se va usted? ¡Ah, no! Tenemos que purar esto. Aun no es demasiado tarde. Y hemos de hablar e su terraza. ¿Dice usted que hay flores y bancos? ¿Y páaros?

MIGUEL.—También.

MARISA.—¿Y un columpio, por supuesto?

MIGUEL.—Tendrá usted el columpio.
CURRO.—(*Que ha permanecido impávido en la puerta del ro, contemplando la escena beatificamente.*) Entonces..., ¿le go al sereno?...
MARISA.—¿Pero estabas ahí? ¡Sí, hombre, sí! Que cierre se acueste. Ya abrirá el portero.
CURRO.—(*Para sí, dando media vuelta y haciendo mutis el foro.*) ¿Conque facineroso, eh?
MARISA.—(*Como hablando consigo misma, pero en voz al* Miguel Angel... No me fío. Demasiado beatífico el nombr Campo Alegre. Bonito apellido. Pero hay que saberlo lle Yo tengo un amigo que no podría. Campo Santo le iría me
MIGUEL.—¿Lo que quiere decir que yo he de ser alegre fuerza?
MARISA.—Para que no resulte una paradoja. Suena bien. guel Angel Campo Alegre, conde de San Cristóbal. ¿Será u un gran automovilista?
MIGUEL.—¿También obliga al título?
MARISA.—Indudablemente.
MIGUEL.—Pues sí... No conduzco mal. Por matar el tien
MARISA.—¿Nada más? (*Otra pausa. Apuran los vasos r dose.*) ¡Mire que si nos viera la vecina!
MIGUEL.—¡Deje usted ahora a la vecina! Estábamos en conversación de altura.
MARISA.—Pero sube usted demasiado.
MIGUEL.—¿Quién no sueña con alcanzar una estrella?
MARISA.—Pues hágase aviador. Con esas aficiones...
MIGUEL.—Las adquirí escalando montañas, en Suiza.
MARISA.—¿Ha estado usted en Suiza?
MIGUEL.—Sí, señorita. Y en Inglaterra. Estudiando.
MARISA.—Mamá también creo que estuvo hace años en za. Yo tengo deseos de ir. Pero ella no quiere volver. Te que ir sola.
MIGUEL.—Si la puedo servir de guía...
MARISA.—Es muy hermosa, ¿verdad?
MIGUEL.—Mucho. Yo fuí pensionado por el Estado. Nos níamos unos cuantos camaradas, muchachas y muchacho distintos países, artistas y estudiantes, y lo pasábamos bien.
MARISA.—Hará usted alpinismo.
MIGUEL.—Ya poco. Pero he sido un gamo.
MARISA.—¿Va usted a Navacerrada?
MIGUEL.—Alguna vez.

ɪARISA.—Yo también. En invierno, todos los domingos. ¿Irá ed el próximo?

ɪIGUEL.—Iré.

ɪARISA.—Esto tiene los caracteres de una cita.

ɪIGUEL.—¡ Ojalá !

ɪARISA.—¿Se alegraría usted?

ɪIGUEL.—La cara no engaña. (*Otra vez se han aproximado darse cuenta.*)

ɪARISA.—¡Cuidado, que resbalamos!

ɪIGUEL.—Como íbamos por la nieve...

ɪARISA.—Pues refrene un poco.

ɪIGUEL.—Ya está. Parada en seco.

ɪARISA.—Muy bien. Con un poco de tino, podemos seguir. ¿Y aquella estancia en Suiza, le quedó su afición a las azoteas?

ɪIGUEL.—Sí, señorita. Ya no se acostumbra uno a respirar aire encallejonado. Desde las alturas se siente uno más pu- más honrado, más limpio de corazón y más contento de ir.

ɪARISA.—¡A cuántos les haría falta una temporadita en Saint ritz!

MIGUEL.—Ha nombrado usted el lugar más lleno de recuer- s para mí... ¡Saint Moritz!... ¡Sus deliciosas vacaciones Noel!...

MARISA.—¿Vivía usted allí?

MIGUEL.—No. Vivíamos en Ginebra. En las tardes de tempo- nos reuníamos con nuestras amigas. Rusas, americanas, ncesas... ¡Hasta una española con su marido! Eramos los imos románticos... Cantábamos "Traviata", "Bohemia", "Ri- letto"... Aires españoles... Cantos de Albeniz y Granados... bíamos vino del Rin... Y veíamos amanecer hablando de ıor o proyectando excursiones a Interlaken o a las monta- s del Jura.

MARISA.—¿Y amó usted mucho entonces?

MIGUEL.—Todo lo que puede amar una juventud entusiasta turbulenta.

MARISA.—¿A la camarada española?

MIGUEL.—A ella también. Pero era un imposible.

MARISA.—¿Ella lo supo?

MIGUEL.—Creo que sí. Yo no se lo dije nunca. Y ella tam- co me lo dijo. Pero estoy seguro de que me quiso...

MARISA.—¿Luego?...

MIGUEL.—Estalló la guerra... Mis compañeros de pensión em- zaron a irse, llamados a filas. Y me quedé solo... Con la

española y su marido..., que también un día desaparecie[ron] sin anunciármelo.

MARISA.—¿El marido había comprendido?

MIGUEL.—No sé. La crudeza del invierno empezó a serme [in]soportable... Y otro día, en el que nevaba copiosamente de[sde] la noche anterior, emprendí mi regreso a Francia para eng[an]charme, voluntario, en el tercio extranjero.

MARISA.—¿Tanto poder tenía la española? ¿Sabe usted q[ue] me gusta su historia? ¿Le hirieron?

MIGUEL.—Varias veces.

MARISA.—¿Gravemente?

MIGUEL.—Alguna sí. Como a todos. Eso no tiene import[an]cia. (*Marisa, que se ha interesado vivamente, le contempla a[ho]ra con admiración.*)

MARISA.—¿La española lo supo?

MIGUEL.—Creo que sí.

MARISA.—¿Y no fué a verle?

MIGUEL.—Otros deberes la retenían.

MARISA.—Poco estimaron su heroísmo. ¡Pobre conde de S[an] Cristóbal!

CURRO.—(*Apareciendo.*) ¿Señorita?...

MARISA.—¿Qué quieres?

CURRO.—Los porteros han vuelto. Les he dicho que no c[ie]rren y aguarden al señor.

MARISA.—(*A Miguel.*) ¿Quiere usted irse ya?

MIGUEL.—A decir verdad, no querría irme nunca.

MARISA.—Nunca... es mucho pedir. (*A Curro.*) Di que es[pe]ren un momento.

CURRO.—Si le parece a la señorita, mejor será que se acu[es]ten. El señor puede salir cuando vuelva la señora.

MARISA.—(*A Miguel.*) ¿Qué opina usted?

MIGUEL.—Que si usted me autoriza...

MARISA.—(*A Curro.*) Curro... Que se acuesten.

CURRO.—(*Para sí, retirando el servicio y yéndose.*) ¡Faci[ne]roso con alevosía! (*Miguel y Marisa guardan silencio ha[sta] que él se va. Mutis de Curro.*)

MIGUEL.—Es ejemplar este criado.

MARISA.—¿Verdad que sí? Pero esta conversación no pu[ede] prolongarse más. Mi madre está al llegar y tendrá usted q[ue] irse. Nuestra charla va a ser muy censurada por los míos. [No] me importa. Yo arrostro las censuras sin temor cuando [no] están fundamentadas. Tendría mucho gusto en que contin[ua]semos nuestra conversación.

MIGUEL.—¡Marisa!

MARISA.—No hay que suponer, ni dejar de suponer, que esto sea el principo de algo. ¿Quién sabe a dónde puede conducirnos el destino? Y para que nuestra amistad no acabe aquí, sólo exijo una cosa.

MIGUEL.—Usted dirá.

MARISA.—Que no se haga usted ilusiones de ninguna clase. Digo mal. Hacérselas puede usted hacerse todas las que quiera. Hablarme de ellas, no.

MIGUEL.—Aunque con sacrificio, lo cumpliré.

MARISA.—Pues quedemos en algo concreto. Mañana, después de clase, iré a verle a su torre. (*Sacando un carnet de bolsillo y disponiéndose a apuntar.*) ¿Señas?

MIGUEL.—Miguel Angel, 30.

MARISA.—¿Miguel Angel también? ¿No será una broma?

MIGUEL.—Es otra coincidencia.

MARISA.—Ya. (*Después de apuntar.*) ¿Eso está en Chamberí?

MIGUEL.—Próximo al Hipódromo.

MARISA.—¿Quién habrá con usted?

MIGUEL.—El ama de gobierno que me cuida.

MARISA.—¿Vieja?

MIGUEL.—Por supuesto. Cincuenta años.

MARISA.—Perfectamente. Ahora sólo queda despedirnos. (*Tendiéndole la mano y escuchando.*) Mi madre vuelve. Acaba de llegar el auto. (*Le ha estrechado la mano con un saludo varonil, muy moderno. Después se dirige al conmutador y enciende la lámpara central.*)

MIGUEL.—¿Me deja usted aquí, abandonado?

MARISA.—No. Voy a presentarle. Este ha sido nuestro adiós a solas.

MIGUEL.—(*Por Isabel, a quien se oye próxima.*) ¿Pero usted la explicará...?

MARISA.—No pase cuidado. (*Entra ISABEL. Espléndida belleza. Traje de noche muy elegante. Al enfrontarse con Miguel, queda paralizada de sorpresa. El también da muestras de viva turbación.*)

ISABEL.—¿Usted?

MIGUEL.—Señora...

MARISA.—¿Os conocéis?

ISABEL.—Un poco.

MARISA.—¿Curro te ha dicho?

ISABEL.—Rápidamente.

MARISA.—Hubo un pequeño enredo en las llaves del portal,

digno de película, y el señor tuvo que llamar aquí. (*Burlona, con intención.*) Venía a casa de la nueva vecina.

ISABEL.—¡Ah! Pues ahora mismo sube... Llegaba delante de mí. Todavía puede usted...

MIGUEL.—Entonces, si usted me permite...

ISABEL.—Un momento. Puesto que usted la trata, quisiera hacerle algunas preguntas relacionadas con ella. Si no es indiscreto.

MIGUEL.—De ningún modo.

ISABEL.—Marisa...

MARISA.—(*Rápida, iniciando el mutis.*) Ya comprendo. (*A Miguel.*) Usted lo pase bien.

MIGUEL.—A los pies de usted. (*Marisa se retira. En la puerta, apunta una sonrisa y saluda. Miguel se inclina. Una pausa.*)

ISABEL.—¿Tú? ¿Quién creería...?

MIGUEL.—¿Quién pensaría que tú...?

CURRO.—(*Saliendo con el gabán y el sombrero de Miguel.*) ¿Señor?...

ISABEL.—Ya te llamaremos. (*Nueva pausa. Vase Curro.*)

MIGUEL.—¡Isabel! ¿Por qué me has hablado de usted delante de tu hija? Si entre nosotros no ha existido nada reprochable, ¿por qué esa turbación?

ISABEL.—No sé. Fué una turbación instintiva. La historia de las llaves no será cierta.

MIGUEL.—Rigurosamente.

ISABEL.—Entonces, ¿ha sido la casualidad quien te ha guiado?

MIGUEL.—Justamente. Ya veo que tarde, también. Como siempre, ¿me permites que te estreche la mano?

ISABEL.—Las dos, Miguel. ¿Por qué no? (*Es un apretón efusivo, cordial, tal vez más que cordial.*) Siempre hemos sido buenos amigos.

MIGUEL.—Verdad. Pero nos quisimos mucho sin decírnoslo.

ISABEL.—Tal vez. (*Pausa.*) ¿Desde cuándo estás en España?

MIGUEL.—Dos años hace.

ISABEL.—¿Y no has venido a verme?

MIGUEL.—Ya te he dicho que ignoraba tu vuelta.

ISABEL.—Para que luego hablen de las corazonadas. Ni tu corazón ni el mío se han adivinado.

MIGUEL.—Es cruel.

ISABEL.—Pero es cierto.

MIGUEL.—Veo que gozas de un bienestar casi como el que te mereces. Cuéntame.

ISABEL.—Muy sencillo. A poco de abandonar Suiza, Enrique murió.

MIGUEL.—Un poco a destiempo.

ISABEL.—(*Reconviniéndole.*) ¡Miguel!

MIGUEL.—Tú no habías nacido para enfermera. Confundiste el amor con la piedad.

ISABEL.—Y la piedad fué mi cruz.

MIGUEL.—Un pobre artista enfermo...

ISABEL.—Una hija que nace de aquel matrimonio desventurado, para ser, más tarde, recluída en un colegio...

MIGUEL.—Una mujer que en el esplendor de su juventud y su belleza arrastra una vida triste por los sanatorios de Suiza...

ISABEL.—(*Con honda tristeza.*) En compañía de un espectro...

MIGUEL.—Y cuando esta mujer se encuentra con un hombre que fué su compañero de niñez, y este hombre, que se cree digno de ella, descubre haberla amado siempre, y la ofrece una vida próspera y risueña, la mano del espectro tira de ella y los separa...

ISABEL.—Y apenas se han separado, suelta de nuevo y cae inerte para siempre cuando las cosas no tienen ya remedio...

MIGUEL.—Dime si hasta por bien suyo, que no hizo más que sufrir, no hubiera sido más piadoso que Dios apresurase su final...

ISABEL.—Respetemos los designios de Dios. Habrá sido mejor para todos.

MIGUEL.—¿Y después?

ISABEL.—Tuve la esperanza de encontrarte... Inútilmente. Ya sé que te hirieron en la guerra.

MIGUEL.—Pero, ¿lo supiste tarde también?

ISABEL.—Mi hija era una mujer. No podía abandonarla. Su padre no me había dejado más que deudas.

MIGUEL.—Se te ofreció este hombre generosamente, y te casaste.

ISABEL.—No hay más historia. Una historia vulgar. En realidad me casó mi hija, sin saberlo.

MIGUEL.—¿Y eres feliz?

ISABEL.—Para quien siempre fué desgraciada, dejar de serlo es un modo de felicidad.

MIGUEL.—¿No has vuelto a querer?

ISABEL.—A nadie.

MIGUEL.—¿A tu marido?

ISABEL.—Le respeto.

MIGUEL.—¿Y él...?

ISABEL.—Creo que no.

MIGUEL.—¿Cómo se casó contigo, si no le querías?

ISABEL.—Un capricho que le ha costado muy caro.

MIGUEL.—Es nuestra única venganza contra los ricos.

ISABEL.—¿Pues tú no lo eres?

MIGUEL.—Ya no.

ISABEL.—¿Arruinado?

MIGUEL.—Honrosamente. Por las mujeres.

ISABEL.—¿De qué vives?

MIGUEL.—De lo que tantos... De la simpatía... Del crédito... Y de los restos del naufragio. Pero me falta el fausto, el esplendor. Se han cambiado los papeles. El nuestro es un caso de nivelación reparadora.

ISABEL.—¿Y te aburres?

MIGUEL.—Mucho. Ya ves... Hasta los libros me dan tedio.

ISABEL.—(*Con intención.*) Será que no entiendas los libros de ahora.

MIGUEL.—Puede ser. Han de tener mucho interés. Precisamente acabo de empezar uno que, a juzgar por el prólogo, debe ser delicioso. (*Pausa. Isabel se ha quedado pensativa, mirándole fijamente, con una mezcla de amargura y de lástima.*) ¿En qué piensas?

ISABEL.—En nada... Oyéndote hablar he sentido un frío muy grande en el alma... El olvido es más cruel que la muerte. Si me hubieran dicho que te habías muerto, siempre te conservaría vivo en mi recuerdo como eras para mí... Y ahora... ¡Te has matado tú mismo, sin piedad! (*Isabel está a punto de llorar.*)

MIGUEL.—(*Acudiendo solícito.*) ¡Isabel!

ISABEL.—(*Rehaciéndose y tendiéndole la mano.*) Ya es muy tarde. Vuelve por aquí. Te presentaré a mi marido. ¡Y quién sabe si hasta protegeré algún amor tuyo!

MIGUEL.—(*Con intención.*) ¡Quién sabe! Adiós, María Isabela... Hasta pronto.

ISABEL.—Adiós, Miguel... Hasta que quieras. (*Pausa. Miguel se va. Isabel, acongojada, hace mutis por la derecha. En seguida sale Marisa por la izquierda, corre hacia el foro y llama.*) *llama.*

MARISA.—¡Miguel! (*Miguel vuelve.*)

MIGUEL.—¿Todavía en pie?

MARISA.—Todavía.

MIGUEL.—¿Quería usted...?

MARISA.—(*Riéndose.*) Decirle adiós otra vez.

MIGUEL.—¡Marisa!

MARISA.—¡No se detenga!

MIGUEL.—¿Quedamos...?

MARISA.—En que hasta mañana. ¡Miguel Angel, 30!

MIGUEL.—¿A las doce?

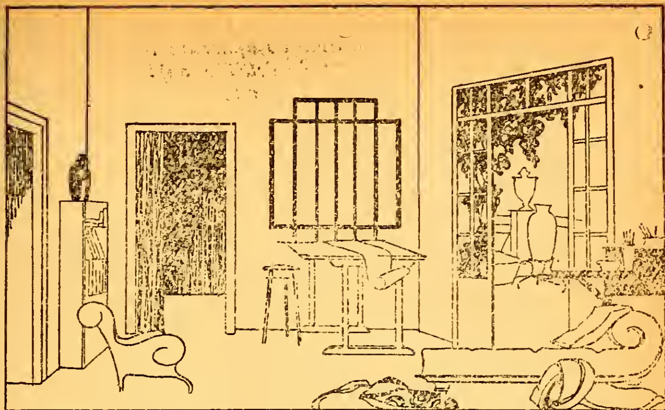
MARISA.—A las doce... No faltaré. (*Miguel se va. En la puerta del foro está Curro esperándole con el gabán extendido. Miguel se lo pone, coge el sombrero y los guantes. Marisa, desde el salón, le mira sin moverse.*)

MIGUEL.—(*Desde el foro.*) ¡Buenas noches, Marisa!

MARISA.—¡Buenas noches, Miguel!

TELON RAPIDO


MERLO



ACTO SEGUNDO

Estamos en el ático de Miguel. Como él lo ha descrito. Alegre, elegante, moderno, pero de paredes blancas y extrema sencillez. Una puerta a la derecha que conduce al resto de la casa. Otra al foro que da a un pequeño vestíbulo. A la izquierda, otra grande, de cristales que abre su anchura sobre una terraza llena de luz. Se alcanzan a ver algunos detalles de la terraza: un trozo de pérgola, un banco andaluz, un gran tinajón toledano, con patas de hierro y un naranjo, y en fin, allá lejos, el panorama de la ciudad, deslumbrador de luz, en una mañana de junio. No se olvide que son diez y siete pisos y que estamos en las proximidades de la Castellana, es decir, que a los pies se extiende toda la barriada señorial de la calle de Almagro. Dentro de la casa, muebles confortables Pocos y de el mejor gusto. Una mesa tosca y pesada y un taburete alto. En la mesa, chapas de cobre, cueros y herramientas de repujador. También ha de haber un tablero de dibujo, en borriquetas, con planos de ingeniería. Todo muy discretamente colocado. Libros eso sí. Muchos libros, invadiéndolo todo como la oruga.

¿Hemos dicho que era por la mañana? Sí. Lo hemos dicho. Hay un diván. ¿Cómo no?, y Miguel, que rebosa de satisfacción, está colocando en él, con singular deleitación hasta una docena de almohadones espléndidos, atareadísimo en colocarlos como caídos al azar. Silba, canta, está alegre. En una palabra: espera impaciente cuando sale Paulina, el ama de gobierno. Paulina es un alma de Dios con cofia. ¿Con cofia? No.

Preferible un pañuelo negro anudado al moño, como buena leonesa que es. También ella, aunque aparente hacerlo de mala gana, contribuye a preparar la decoración debidamente, para que deslumbre a quien esperan. Frota los muebles, recoge los libros, etc.

PAULINA.—(*Después de una pausa.*) ¿También hoy tendremos visita?

MIGUEL.—(*Sin mirarla.*) También hoy.

PAULINA.—¿A las doce?

MIGUEL.—A las doce. Como todos los días. ¿Te molesta?

PAULINA.—No. Porque estás tú aquí, para recibirla

MIGUEL.—¿Si no, sí?

PAULINA.—Si no, sí. Cuando no estás tú en casa y tiene que esperarte, ya sé lo que me aguarda por la noche.

MIGUEL.—La jaqueca. Me lo has dicho muchas veces.

PAULINA.—¡Ahí es nada, lo que habla ese pájaro loco!

MIGUEL.—¡Y con las ganas que tú tienes de estar callada!

PAULINA.—Mala fama que tú me has dado. Nunca he sido habladora.

MIGUEL.—Nunca. Pero te da la jaqueca, no por lo que hable Marisa—que no es poco, ya lo sé—sino por el tormento de querer hablar sin que te dejen.

PAULINA.—Tú lo has dicho. No deja meter baza. Y si fuera eso sólo, con morderme la lengua y reconocerme de envidia, en paz. Pero lo revuelve todo y no deja títere con cabeza. Pásese usted cincuenta años—porque son cincuenta, Miguel, ni uno más—; pásese usted cincuenta años poniendo sus cinco sentidos en la casa para que en un minuto...!

MIGUEL.—(*Atajándola.*) Se altere el equilibrio doméstico. Tienes mucha razón, Paulina. Esto no es serio. Marisa. es una mala cabeza.

PAULINA.—Tanto como eso, no diría yo. Pero carece de formalidad.

MIGUEL.—Justamente. Yo eso la digo con frecuencia: "Señorita, ¡carece usted de formalidad! ¡Procure ajustarse a las exigencias de Paulina, o no podremos avanzar un sólo paso en nuestras negociaciones!

PAULINA.—Tú te ríes. Pero dime si está bien visto cuanto sucede. ¡Venir a verte todos los días, sin el menor escrúpulo, como si acudiese a citas pecaminosas! ¡En mis tiempos esto no lo hacían más que las mujeres casadas! ¡Pero una soltera...!

MIGUEL.—¡Qué abominación! Verdaderamente, Paulina, esto es escandaloso.

PAULINA.—Eso dice la vecindad... ¿Tú señorito es un artista?). ¿Es médico? Tampoco. ¿Un abogado? Menos. Entonces, qué es? Porque si no se trata de una modelo, ni de una enrmera, ni de una clienta, ¿qué es esa señorita, que viene a rle todas las mañanas? Su novia. ¿Su novia? ¡Ja, ja, ja! 'o se ría usted! Su novia. Pero, ¿qué clase de novia? ¡Su via! Yo no sé que haya más clases. Para casarse. ¿Para carse? ¡Vamos, vamos, Paulina—me dicen todos—usted vive el limbo! En fin, que he tenido que acabar diciendo que era mecanógrafa. (*Pausa. Miguel se habrá puesto a recoger los iles de repujar. Suena el timbre del teléfono. Nos habíamos vidado decir que tratándose de una comedia moderna, un éfono es imprescindible.*)

MIGUEL.—(*Acudiendo al teléfono.*) ¿Diga?... Al habla, ¿qué y?... ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Cómo estás, hijita?... Perfectamen-.. ¿Qué has venido a verme? No me han dicho nada... ¡Esta ulina! Perdónala... ¿Hoy mismo? ¿Ahora mismo? A las ce espero una visita... Interesante es poco: sensacional... ¿Te sta media hora para hablar?... No. Con que me prives del acer de verte a las doce menos cuarto es más que suficiente. eso por no herir su delicadeza... Bien, chiquita... El agracido soy yo... Hasta ahora entonces.

PAULINA.—¿Se trata de la viuda?

MIGUEL.—De la viuda se trata. ¿Por qué lo dices?

PAULINA.—No estará de más que la envíes un recadito amisio. Ha estado a punto de acarrearte un disgusto. ¿Cuánto mpo llevas sin verla?

MIGUEL.—Desde que conocí a Marisa.

PAULINA.—Pues en ese tiempo ha llamado ocho veces por teono y ha estado cuatro a verte.

MIGUEL.—¿Y por qué te lo has callado?

PAULINA.—Para evitarte escenas. No sé, por qué, cuando el razón me dice: "Esta no debe verle", no me engaña nunca.

MIGUEL.—¿Y a la viudita le ha tocado que no? Pues no hay dado. Es inofensiva. Alguna recomendación... Algún apuri- económico...

PAULINA.—Será muy inofensiva, pero es muy inoportuna. De cuatro veces que ha venido a verte, dos, se ha encontrado ı ella.

MIGUEL.—¡Diablo!

PAULINA.—Una en la calle, al venir. Me preguntó si salía de ıí. Por lo visto sabe que os conocéis. Otra aquí, en tu casa.

La viudita salía cuando Marisa llegaba. Por eso te recomien que hables con tu amiguita. Un tercer encuentro sería fat *(Miguel no puede reprimir su impaciencia. Pasea, da pata tas, etc.)* ¡Ay, Miguelo! ¡Quién te conoce y te ha conocido!

MIGUEL.—¿Muy cambiado, verdad?

PAULINA.—No lo sabes tú bien. Aquél Miguelín... ¡Tan rev vedor cuando chiquillo!... ¡Tan calaverón cuando mozo...! tan camastrón...!

MIGUEL.—*(Atajándola.)* Cuando viejo.

PAULINA.—No iba a decir eso.

MIGUEL.—Pero lo digo yo.

PAULINA.—¿Viejo a los treinta y ocho? ¡Entonces, una...?

MIGUEL.—¿Tú?... ¡Si estás hecha un pimpollo! Todavía he perdido la esperanza de casarte.

PAULINA.—¡Miguelo!

MIGUEL.—De veras. ¿Sabes con quién? ¡Con Curro!

PAULINA.—*(Encendida en súbito rubor.)* ¿El mayordomo de señorita?

MIGUEL.—El mismo.

PAULINA.—*(Como un áscua.)* ¡Qué cosas tienes, Miguelo! ¡Q poco juicio!

MIGUEL.—¿No te ha dicho nunca nada?

PAULINA.—*(Indignadísima.)* ¡Bah! ¡Bah! ¡Don Curro es to un caballero y tú tratas de burlarte de él!

MIGUEL.—¡Tate! ¿Le llamas don Curro? ¡Cierto son los ros! ¡Os casaréis, Paulina, os casaréis! Os vendréis a vivir c nosotros, y el día de mañana, vuestros hijos... *(Cara de e panto en Paulina.)* No pongas esa cara... Cosas más difíciles han visto. Y el día de mañana, vuestros hijos serán los m yordomos de los nuestros. ¿Qué te parece?

PAULINA.—*(Escandalizada.)* Mayores abominaciones nunca oí!

MIGUEL.—¡Y me has oído unas cuantas!

PAULINA.—Muchas, Miguelo, muchas. Sobre todo cuando e tro por las mañanas a despertarte y sueñas en voz alta. R cién acostado, hablas siempre de dinero... De pagarés... vencimientos...

MIGUEL.—Es la hora de las angustias.

PAULINA.—Si, por casualidad, paso junto a tu puerta, a n dia noche, siempre oigo un nombre de mujer.

MIGUEL.—Es la hora de los ángeles. ¿Y por la mañana?

PAULINA.—¿Por la mañana?... La de los cuentos verdes. ¡H decías unas procacidades!

MIGUEL.—Sería el chascarrillo que nos contó mi futuro sue-o. en el Casino.

PAULINA.—O alguno que te habrá referido la viudita.

MIGUEL.—¡Chist! No hables tan fuerte, que ahora sí que han ımado

PAULINA.—Será ella. Estas pájaras no se retrasan nunca. *ase por el foro. Una pausa. En seguida entra Irene, entrete-da joven, bonita, muy bien vestida y muy graciosa. Se pre-pita sobre Miguel y casi le ahoga entre sus brazos.*)

IRENE.—¡Hola, grandísimo granuja! ¡Gracias a Dios que se ve! ¿A ver esa cara? (*Le mira, le vuelve, le apretuja... El deja manejar como un autómata.*) ¡De hombre decentísimo! Has engordado y todo! Que sea enhorabuena, Miguel. La vida anacoreta te va bien.

MIGUEL.—Parece que sí.

IRENE.—(*Examinándolo todo.*) ¡Y vives como un nabab! Vaya un terraza bonita! ¡Menudas juergas nocturnas se po-ían organizar aquí, si tú estuvieras en circulación! Ya sé ue vas de prisa. Te has lanzado al matrimonio con un arrojo igno de mejor causa. Claro. que esto es como el que se tira l agua. ¡Cerrar los ojos... y al abismo! Si no, no hay quien de el chapuzón.

MIGUEL.—¿Tú así lo hiciste?

IRENE.—Y así me salió. Y menos mal que sobrevino la catás-rofe. (*De pronto.*) ¿A qué no sabes lo que estoy pensando?

MIGUEL.—Muy blanco no será.

IRENE.—Pues sí. En la manera de conocernos tú y yo. ¿A qué bas tú a casa del escultor?

MIGUEL.—A servirle de modelo para un Apolo.

IRENE.—¡Indecente!

MIGUEL.—El hecho es que Apolo se equivocó de templo y amó en el de Venus Afrodita. Y que una criada bastante grie-a de líneas y roma de entendimiento me despedía del Olim-o como a un idolillo de menor cuantía, cuando apareciste tú n un espléndido pijama, pidiéndome por favor que no fuera.

IRENE.—Imagínate mi apuro. La casa a medio poner: Acabá-amos de mudarnos. Un plomo que se funde y nos quedamos oscuras. Ni la chica ni yo entendíamos de electricidad. A las oce de la noche, vete a buscar quién lo arregle. Los porteros e habían ido al cine, por no perder la costumbre. Y a todo sto, con siete cerillas de cocina para pasar la noche. Después qué menos podía hacer que invitarte a una copa de cogñac? o siempre obsequio a los obreros.

MIGUEL.—Solo faltó que me regalaras un puro de quince.

IRENE.—No. Porque no eran de quince, aunque yo los fum Y además se habían acabado. Pero cigarrillos sí que habí ¡Precisamente cigarrillos Calcuta! Y no te quejes, porque los di con gran cariño.

MIGUEL.—Si no me quejo.

IRENE.—En fin, que aquella noche no se me olvidará nunca

MIGUEL.—Ni a mí

IRENE.—¡Hipócrita! (*Pellizcándole sin piedad.*) ¡Ay, Dios ¿Por qué te habré querido tanto?

MIGUEL.—(*Defendiéndose como puede.*) ¿Un poco más que mi futuro suegro?

IRENE.—No gastes bromas de mal gusto.

MIGUEL.—¿Es de mal gusto ser la entretenida de un próce tan importante?

IRENE—Es de mal gusto suponerme capaz de quererle.

MIGUEL.—¿Qué has hecho hoy de él? Porque creo que te vi sita por las mañanas.

IRENE.—Sí. Se ha creído que mi casa es la oficina. Hoy tenía junta para la represión de la trata de blancas... O confe rencia eugenésica... No recuerdo bien. (*Transición rápida.*) Pero hablemos de nosotros. ¿Tan mal me he comportado con tigo que no querías verme? ¡Ocho golpes de teléfono y cuatro visitas personales y tú... como si te hubieras muerto o te hubieras hecho somatenista. No te pido lo que no puede ser porque eso... faltando la ilusión... ¡Pero esta ingratitud!

MIGUEL.—Irene... ¿Se puede saber a qué vienes?

IRENE.—A procurarte la dicha. Estás a punto de caer en la celada abominable de un ser depravado.

MIGUEL.—¡Irene! ¿Qué me dices?

IRENE.—Lo que oyes. ¿Y sabes quién es el traidor?

MIGUEL.—Algún barítono. Los barítonos siempre hacen de traidores.

IRENE.—No, señor. Un tenor. Un joven tipo Pidoux. Mi casi yerno y futuro cuñado tuyo: Juanito Prado Rio de la Vega.

MIGUEL.—¿Juanito?

IRENE.—En persona.

MIGUEL.—¿Y qué pretende, Juanito?

IRENE.—Birlarte la novia.

MIGUEL.—(*Asombrado.*) ¡No!

IRENE.—Ya te convencerás.

MIGUEL.—¿Quién te lo ha dicho?

IRENE.—El propio interesado.

Miguel.—*(Cada vez con mayor asombro.)* ¿El?... Pero... ¿tú noces a Juanito?

Irene.—Le conozco... y le trato. ¡No faltaba más! ¡Para ırle en los nudillos al padre, por falso! El excelentísimo señor ɔn Eleuterio, su padre, me había dicho que tenía un hijo. Pero muy hipócrita. se había callado los detalles. Siempre habla- de su Juanito como si se tratara de un colegial. "Mi Juato he hecho una diablura". "Mi Juanito no me deja vivir", cía. Pero nunca precisaba la edad de su Juanito, y yo lo tea por un chiquillo. Un dia, recién venidas a la casa, mi iada, que es una especial de Maqueda sin gafas, descubrió ıe el tal Juanito era un mocetón de lo más guapo y elegante ıe se ha visto por el mundo civilizado, desde el Sakuska ısta las playas del Lido, y me lo dijo. Comprenderás mi ingnación. ¡Habráse visto viejo ridículo y celoso!, le dije a mi iada. ¡Esconder lo mejor de la casa! ¡Ocultar su estirpe! 'e juro que poco he de poder o mañana mismo hablo con ıanito!

Miguel.—Y, como tú eres así, cumpliste el juramento.

Irene.—¿Qué hubiera hecho una mujer digna?

Miguel.—Y una vez conocido... ¿se lo reclamaste, también?

Irene.—No. Eso no. Pero somos buenos amigos.

Miguel.—¿Y él?

Irene.—El me pone los puntos.

Miguel.—¿Sabiendo que el padre?

Irene.—¿Sabiendo que el padre?...

Miguel.—¡Muy siglo veinte!

Irene.—Muy... sinvergüenza.

Miguel.—Bastante.

Irene.—No. Un poco más.

Miguel.—Pues un poco más.

Irene.—Más, todavía.

Miguel.—Pongamos "sinvergüencísimo".

Irene.—Y te quedas corto.

Miguel.—*(Mirando al reloj y sirviéndola otra copa que ella ɔura de un trago.)* Pero sigue, o no podremos acabar. Queımos en que Juanito...

Irene.—Me lo cuenta todo. Hasta su pensamiento de casarse ɔn su hermana.

Miguel.—¡Mujer! Dicho así...

Irene.—Tienes razón. Parece una barbaridad. Con su herıanastra.

Miguel.—¿Y en qué se funda, para eso? ¿La quiere?

Irene.—Dice que no le gusta.

Miguel.—¡Qué imbécil!

Irene.—¿Por qué?

Miguel.—Porque debía gustarle.

Irene.—¡También tú eres fresco!

Miguel.—Que estoy enamorado. Quien ame de veras es obligado a creer que su amada, por fuerza, tiene que inspir grandes pasiones a todo el mundo. (*Pausa.*) ¿Y si no le gus por qué piensa en casarse con ella? Por negocio no será. rico es él, es decir, su padre. Ella no tiene una peseta.

Irene.—¡Sí, sí! Eso creíamos todos... ¡Pero quia!

Miguel.—¿Qué dices?

Irene.—Que si ha puesto los ojos en la niña es por el "efe tivo metálico". Ahora se ha descubierto que ella es rica.

Miguel.—(*Asombradísimo.*) ¡Imposible!

Irene.—Vamos... ¿qué tú, no lo sabías?

Miguel.—Te juro.

Irene.—No te canses, que no voy a creerte.

Miguel.—No tengo empeño. Aunque es la verdad.

Irene.—Nunca te he creído interesado. Pero, si hay aquí... (*Por el corazón.*) de aquí... (*Por la cara.*) y de aquí (*Por el dinero.*) no vas a hacerlos ascos.

Miguel.—Irene, hablemos en serio.

Irene.—(*Sorprendida a su vez.*) Pero, ¿en serio lo dices?

Miguel.—¿Qué interés tendría en engañarte?

Irene.—(*Convencida.*) Pues por lo visto, las plantaciones mi protector producen tres marcas de tabaco.

Miguel.—Las conozco: "Vegueros Tropicales", "Cigarrill Criolla" y "Cigarrillos Calcuta".

Irene.—Eso es.. Cuando se casó con tu suegra los "Tropic les" y los "Criolla" estaban en boga. En cambio, los cigar llos tenían poca aceptación. Parece ser que ella no puso m condición al casarse, sino que el viudo asegurase el bienest de su hija, aunque fuera de un modo modesto. Entonces, pa no herir su dignidad, don Eleuterio, con una delicadeza dig de él, hizo cesión de la propiedad de los Calcuta a favor d la niña. Total, nada: Producían al año unos miles de peset que no iban a ninguna parte.

Miguel.—Entendido... ¿y ahora...?

Irene.—Ahora, todo el mundo lo sabe. Los "Criollas" y l "Tropicales" han decaído de un modo lamentable, y en ca bio, los "Calcuta" se han apoderado del mercado. En fin, qu según los cálculos del pollo, la niña, a quien se van acumu

ando intereses y beneficios, percibirá como dote la insignificante cantidad de catorce millones de pesetas.

MIGUEL.—(*Estupefacto.*) ¡Irene!

IRENE.—No, si comprendo que te desmayes. Y aquí viene lo grave para ti. El heredero, que no se había enterado de todo esto hasta hace unos días, ha decidido que los "Calcuias" le pertenezcan por entero y asegura que aquí no se fuma esos millones nadie más que él.

MIGUEL.—¡Bah! No me da cuidado. Mientras ella esté de mi parte...

IRENE.—Es que... puede no estarlo.

MIGUEL.—(*Riéndose, muy seguro de Marisa.*) ¡Tú que sabes!

IRENE.—Juanito tiene armas para lograr que no lo esté.

MIGUEL.—¿Armas? Como no sea un revólver.

IRENE.—Peor... Mucho peor.

MIGUEL.—¿Un mortero del cuarenta y dos?

IRENE.—¡Mucho peor todavía!... ¡Un secreto!

MIGUEL.—¿Un secreto?

IRENE.—Si es verdad o no, eso tú has de saberlo. Juanito pretende que tú has tenido algo que ver con tu suegra.

MIGUEL.—(*Seriamente indignado.*) ¡Irene!

IRENE.—He empezado por decir que yo me lavo las manos. Pero todo es posible. Y ella está muy guapa todavía.

MIGUEL.—La baronesa es una dama honorable, Irene. Bueno es lo bueno y hasta aquí hemos llegado entre burlas y veras. Pero de aquí no podemos pasar, si no es hablando como las personas decentes. Acaba. ¿Qué añagaza infame es la que maquina ese bellaco? ¿Qué es lo que se propone, entonces?

IRENE.—Pudes figurártelo. Que tu novia sepa la verdad.

MIGUEL.—(*Indignadísimo.*) ¡La mentira!

IRENE.—Bueno, la mentira. Para el caso es igual.

MIGUEL.—(*Paseando por la habitación presa de gran nerviosidad.*) ¡Es un miserable! ¡Un granuja!

IRENE.—Eso me ha parecido a mí. Si era falso, porque es indigno. Y si era cierto, porque no está bien.

(*Pausa.*)

MIGUEL.—(*Deteniéndose delante de Irene.*) Pero, ¿él sabe que Marisa y yo...?

IRENE.—Todo lo sabe. Estos canallitas se enteran de todo. (*Otra pausa. Miguel vuelve a pasear.*) No te excites, hombre. Por lo pronto yo he conseguido parar el golpe.

MIGUEL.—¿Cómo?

Irene.—Dándole a entender que, puesto que tú ignorabas de los millones, quizá no aspirases al matrimonio.

Miguel.—(*Cada vez más fuera de sí.*) ¿Tú también? ¿Te atı-ves a pensar de la hija lo que él ha pensado de la madre ¿Serás tan canalla como él? ¿Has podido pensar eso de Maris

Irene.—Para dar lugar a prevenirte. "Háblala—le he dicho— Si es lo que yo digo, quizás vea el cielo abierto aceptando t mano para tapar su falta. Y sobre todo no recurras a violeı cias hasta agotar todos los recursos. Decirla lo de su madı es un poco duro. Sólo en último extremo debes emplearlo."

Miguel.—Y él ¿qué ha respondido?

Irene.—Que bueno. Que esperará. (*Nueva pausa. Miguel, e citadísimo.*) Ya estás advertido. ¿Comprendes ahora mi pris en verte? ¿Ves cómo te quiero bien?

Miguel.—Gracias, Irene. Nunca te podré pagar este favor.

Irene.—(*Con cierta nostalgia.*) En cuanto quieras..., con bie poco. Yo sigo siendo la misma para ti. (*Pausa. Miguel se ha de jado caer en una butaca y permanece abstraído.*) No te pre ocupes, hombre. Y tenme al corriente. Ya sabes: el cincuenta dos cuatro setenta y ocho. ¡Y no me olvides en tus oraciones (*Ha cogido el bolso, etc., y se dispone a marcharse.*) ¡Adiós hombre, adiós! ¡Que me voy de verdad!

Miguel.—(*Saliendo de su abstracción y levantándose.*) Perdona.

Irene.—¡Sí que estás colado! ¡Que a todos los don Juanes les ha de pasar lo mismo! (*Dirigiéndose al foro.*) ¡Y que te cases pronto! ¡Será la única manera de que vuelvas a frecuentar mi casa!

Miguel.—(*Acompañándola hasta el foro.*) Adiós, Irene, adiós... ¡El te lo pague! (*Se va Irene. Miguel vuelve. Está descompuesto. Mira el reloj. Coge un periódico. Lo rompe con rabia. Luego se cruza las manos a la espalda y pasea nuevamente. Para sí, maquinalmente.*) ¡Los granujas!... ¡Los granujas!

Paulina.—(*Que vuelve por el foro con un manojo de cartas que deja sobre la mesa.*) "Los granujas" era una piececita que se representaba mucho en mis tiempos. (*Burlona.*) ¿Piensas ir a verla? (*Pausa. Miguel no contesta.*) ¿Qué te pasa, Miguelo? ¿Tenía o no tenía yo razón para impedir que te viera?

Miguel.—Déjame. No tengo ganas de hablar.

Paulina.—Pero yo sí.

Miguel.—Pues como no bables sola...

Paulina.—Pues sola hablaré. ¡Sí que es una cosa difícil! Hablaré sola, pero me tendrás que oír aunque no quieras; que

no es lo mismo saber que nos oyen que hablar con las paredes. ¡Parece mentira que a tu edad y con tu experiencia caigas como un gorrión! ¡Si siempre fuiste víctima de las mujeres! ¡Y pensar que cuando te hirieron fuí yo la única que acudió a tu lado!... ¡Buen viajecito! Aun lo recuerdo. Tú allí, en aquel París de los diablos, donde no sé cómo se entienden no hablando más que franchute. Yo, sola, en la casona del pueblo donde fué a morir tu santa madre, que en gloria esté, esperando años y años que volvieras de aquellas correrías por tierras lejanas. Y un mal dia, el telegrama aquel: "Estoy herido. Ven a cuidarme." ¡Santo cielo! ¡Si aun conservo el papelucho azul manchado con lágrimas! Las gafas se me pusieron como charcos; los ojos, como guindillas... ¡Y aquellos trenes. que no andaban casi! ¡Y aquellas estaciones llenas de heridos!... ¡Cuánto pasé por ti, Miguelo! ¡Cuánto sufrí, para que ahora estas pindongas vengan a agriarte el humor con sus desvergüenzas!...

MIGUEL.—Ahora sí que han llamado.

PAULINA.—Ahora sí.

MIGUEL.—(*Alegrándose súbitamente.*) Y es ella.

PAULINA.—Por el modo de apretar el llamador...

(*En efecto. Se ha oído primero un timbrazo. Luego el timbrazo se convierte en repique sostenido.*)

MIGUEL.—¿No se habrá encontrado con la otra?

PAULINA.—Ha sobrado tiempo. (*El timbre arrecia en sus llamadas.*) ¡Allá va! No, si un dia nos descolgará el timbre. ¡Huy, qué turbión nos entra en casa! ¡Con tal que no nos coja la tormenta! (*Ya en el foro, gritando.*) ¡Allá va! (*Se marcha.*)

MIGUEL.—(*Esforzádose por olvidar y acudiendo al encuentro de Marisa.*) Después de todo, no tiene importancia... ¡La vida es buena! ¡Hay que alegrarse! (*Vase detrás de Paulina.*)

(*Pausa. La escena sola. En seguida salen MARISA y MIGUEL. Marisa llena la escena más que entrar en ella. Traje claro de mañana, en primavera. Cartera de institucionista y un enorme brazado de flores al brazo. Miguel y ella se han estrechado las manos. Dejando los libros y las flores y despojándose del sombrero.*)

MARISA.—¡Está una mañana de verano! ¡Adelante, Curro! No te quedes ahí. (*Dirigiéndose a la cristalera y abriéndola de par en par.*) ¡Abre bien las vidrieras, que entre el sol al paraíso! (*Miguel la ayuda.*) ¡Así, muy bien! ¡Chiquillo, qué alegría tiene esta casa!

CURRO.—(*Entrando por el foro, cargado con ocho o diez ja las, una flamante cocktelera y un libro.*) Aquí está Curro.

(*PAULINA entra también, solícitamente, detrás del mayo domo.*)

MIGUEL.—(*Asombrado.*) ¿Pero, qué es esto?
MARISA.—Lo prometido.
CURRO.—La banda de canarios y la cocktelera. (*A Paulina*) Si mi señora doña Paulina quisiera ayudarme...
PAULINA.—Muy complacida, mi señor don Curro.

(*Entre Paulina y Curro desatan las jaulas y las conducen la azotea.*)

MIGUEL.—(*Por los pájaros.*) ¿Flautas?
MARISA.—De todo hay. Ahora los instruyen a la moderna. E la pajarería me han asegurado que uno amarillito y redon como una llemita china toca el saxofón, y un mirlo negrit y bailarín, el jazz-band.
MIGUEL.—¿Te has informado de si saben la "Ramona" y "Mamita"?
MARISA.—No. No lo saben. Ya lo pregunté.
MIGUEL.—¡Respiro! De ser así, fenecían en el acto.
MARISA.—(*A PAULINA, que vuelve con CURRO.*) ¿Están lista las canarieras?
PAULINA.—El señorito en persona las ha limpiado con sido ¡Y bien que ha sudado!
MARISA.—Pues vamos allá. (*Haciendo mutis por la izquierd seguida de Miguel. Desde la puerta de la terraza.*) ¿Ves aqué tan expresivo? Toca llamada y tropa. Está educado en u cuartel.
MIGUEL.—Menos mal que no es un loro. Si no, ¡pobre Pau lina, con lo que se escandaliza por todo!

(*Mutis de Marisa y Miguel. Pausa. Curro, sacando con much calma tres paquetitos del bolsillo y poniéndolos sobre la mesa.*)

CURRO.—Alpiste... Pamplina... Cañamones...
PAULINA.—Tanta previsión me ofende. Eso es como decirm que yo no sé lo que le cuadra a un canario.
CURRO.—(*Volviéndose a guardar los paquetes.*) Pues no ha nada perdido.
PAULINA.—¡No, por Dios, don Curro; eso no! Piques entr nosotros, de ningún modo! ¡Vengan, vengan los paquetes (*Pausa. Curro vuelve a sacar los paquetes.*) ¿No trae usted al guna lechuga en el bolsillo?

CURRO.—(*Sin perder la calma.*) Lechuga no. Pero terrones sí. ¿Quiere usted uno? (*En efecto, ha sacado un terrón del bolsillo y se lo ofrece a Paulina.*

PAULINA.—¿Como pájara?

CURRO.—Si lo dice usted por el pico...

PAULINA.—(*Derretida de gusto.*) Ahora me llama habladora.

CURRO.—Usted todo lo entiende al revés. ¿Qué mujer se ofendería porque un hombre de bien quisiera endulzarle la existencia?

PAULINA.—¡Por Dios, don Curro! Si nos oyeran...

CURRO.—Descuide usted, están muy distraídos.

PAULINA.—(*Mirando hacia la terraza.*) Sí que lo están... (*Escandalizada.*) ¡Pero esa niña!... ¡Dichoso columpio! ¿No ve usted? (*Curro también mira.*) ¡Hasta las bragas, señor, hasta las bragas! ¡Y no es eso lo peor, sino que va a dar la vuelta, va a salir despedida y se nos va a ir a la calle!... ¡Y son diez y siete pisos!... ¿Por qué no le llama la atención, usted que puede?

CURRO.—¿Que yo puedo? ¡Qué equivocada está usted!

PAULINA.—Pues si fuera mi señorito, yo le reñiría.

CURRO.—Y haría usted muy bien. Pero con ella perdería usted el tiempo.

PAULINA.—¿Es muy testaruda?

CURRO.—Es mujer.

PAULINA.—(*Ofendida.*) ¡Valiente grosería!

CURRO.—Tómelo usted como quiera.

PAULINA.—Después de todo, hace bien. ¡Dichosa ella que puede salirse siempre con su gusto!

CURRO.—¿Verdad?

PAULINA.—Sí, señor. (*Da un profundo suspiro.*)

CURRO.—Suspira usted?

PAULINA.—¿No puedo suspirar?

CURRO.—¿Lo hace usted por higiene?

PAULINA.—¿Cómo?

CURRO.—¿Para ensanchar el pulmón?

PAULINA.—¡Lo hago para desahogarme!

CURRO.—Ya.

PAULINA.—Y porque viéndoles así, me acuerdo de mis tiempos mozos.

CURRO.—Eso, con música de "La Gran Vía".

PAULINA.—¡No soy tan vieja!

CURRO.—Tampoco lo es la Gran Vía. Todavía no la han acabado.

PAULINA.—Siempre ha de hacer usted frases de doble sentido. ¡Ay, qué pícaro es mi señor don Curro!

CURRO.—(*Meloso.*) En cuanto estoy junto a doña Paulina... (*Pausa.*) ¿De dónde es usted?

PAULINA.—De León.

CURRO.—¡Qué casualidad! Yo de Astorga. ¿Muchas vaquiñas?

PAULINA.—Algunas hay. ¿Y usted?

CURRO.—Cerdiños nada más.

PAULINA.—Y una casuca. Y unos prados. Para la vejez de una.

CURRO.—Yo eso digo. Las cuatro terriñas que aun me quedan, consérvemelas Dios hasta el final.

PAULINA.—Así sea.

CURRO.—Así sea. Y que usted lo vea. (*De pronto, como el que va a decir algo que pensaba hace tiempo.*) Oígame, mi señora doña Paulina... (*Se rasca la cabeza. No se atreve a terminar.*)

PAULINA.—(*Animándole.*) ¿Qué iba a decir mi señor don Curro?

CURRO.—Nada, nada... Ya diré otro día.

PAULINA.—¿Se le ha olvidado? ¡Frágil es usted de memoria! (*De pronto, reparando en la cocktelera.*) Pero, a todo esto, ¿para qué es este cacharro?

CURRO.—(*Cogiendo la cocktelera y agitándola junto al oído de Paulina.*) ¿No lo sabe? Mire.

PAULINA.—(*Muy convencida.*) ¡Ah, vamos! Para batir huevos

CURRO.—También. Para hacer cocktailes.

PAULINA.—¿Y eso... qué es?

CURRO.—Lo que antes llamábamos refrescos.

PAULINA.—¡Ah!

CURRO.—La señorita me ha mandado venir para darle a usted lecciones.

PAULINA.—¿Lecciones a mí usted?

CURRO.—Sí, señora. Resulta que la señorita, desde que viene a esta casa, no ha podido beber nada a su gusto. Parece que el señor conde tiene esto un poco abandonado.

PAULINA.—(*Ofendidísima.*) ¡Mire usted lo que dice, señor mio

CURRO.—Me refiero al bar americano. ¿Usted no sabe que ahora no hay casa distinguida, que sepa estimarse, que no tengo un pequeño bar, con su mostrador y todo, para obsequiar a sus amistades?

PAULINA.—(*Escandalizada.*) ¿Qué es lo que dice? ¿Una taberna?

CURRO.—Dicho así, parece un poco grueso. Pero, en reali

dad, eso es. Una taberna familiar donde desde la respetable mamá hasta el último chiquitín de la casa se toman con muchísima seriedad unas respetables trúpitas.

PAULINA.—(*Empinando el codo y con creciente asombro.*) ¿Querrá usted decir que a la señorita le gusta...? ¡Entonces se habrá reído de mí cuando todas las mañanas, con la mejor intención, la hacía beberse una copita de cariñena especial para enfermos!

CURRO.—(*Muy serio, muy grave.*) Coja usted estos cachivaches y vámonos allá adentro, que empezaremos la lección.

(*Paulina recoge las copas, el caneco de ginebra y la cocktelera para llevárselo.*)

PAULINA.—¿Este librote también?

CURRO.—Es esencial. Ochocientas fórmulas diferentes. Empezaremos por las tres primeras. Y, entre paréntesis, ¿no tendría usted todavía una botellita de ese cariñena abominable?

PAULINA.—(*Por la cocktelera.*) ¿Para echarlo en este bote?

CURRO.—No, señora. ¡Para bebernos una copita a la salud de sus vaquiñas!

PAULINA.—(*Riéndose.*) ¡Por ahí podíamos haber empezado! ¡Venga! ¡Venga! ¡Cariñena y moras en aguardiente y hierbabuena tengo yo siempre para mis paisanos!

CURRO.—¡Vale usted un imperio, doña Paulina!

PAULINA.—¡Porque usted se lo merece, señor don Curro!

(*Se van los dos, llevándose todos los cachivaches. Pausa. La escena sola unos momentos. Se oye una algarabía de pájaros que trinan. Luego, lejano, el pito de una fábrica. Salen MARISA y MIGUEL, que vuelven de la terraza. Marisa entra ebria de luz, de sol y de alegría.*)

MARISA.—(*Dejándose caer en un sillón.*) ¡Ea! Formalidad, que voy a hablar en serio.

MIGUEL.—No está demás que lo anuncies.

MARISA.—¿No te inspiro crédito?

MIGUEL.—Ninguno.

MARISA.—No me importa. No voy a pedirte dinero. Pero cuentas sí voy a pedirte.

MIGUEL.—¿De qué?

MARISA.—De lo que hiciste ayer.

MIGUEL.—¿Examen de conducta?

MARISA.—Riguroso.

MIGUEL.—Pues allá va. Comencé la jornada con un paseo a caballo...

MARISA.—Eso ya no se lleva. ¿Dónde tienes las cuadras?
MIGUEL.—En el cuartel del Conde Duque.
MARISA.—Crédito también. ¿Quién te presta el caballo?
MIGUEL.—Un sargento.
MARISA.—Muy poco distinguido.
MIGUEL.—Es de húsares.
MARISA.—Menos mal.
MIGUEL.—Y de cuota.
MARISA.—Te perdono. Cabalgada por la Moncloa. Sigue. ¿Luego?
MIGUEL.—Parada y aperitivo en Puerta de Hierro.
MARISA.—¿Club de?
MIGUEL.—Club de...
MARISA.—Vulgar.
MIGUEL.—Para ver si te veía.
MARISA.—¿En domingo? Mal hecho. ¿Almuerzo?...
MIGUEL.—En San Fernando.
MARISA.—Como los taberneros. ¿Casa de Cocherito?
MIGUEL.—(*Extrañado.*) ¿Tú sabes...?
MARISA.—De oídas. ¿Y tienes el descaro de contármelo?
MIGUEL.—Sí. Porque yo iba de cabo.
MARISA.—¿Cómo?
MIGUEL.—Con dos parejas. De non.
MARISA.—¿Quiénes, ellas?
MIGUEL.—No las conoces.
MARISA.—¿Y ellos?
MIGUEL.—De la misma calaña.
MARISA.—Entonces no pregunto. Hasta ahora hemos perdido el día. El manual del perfecto dominguero. Si has de seguir así, no cuentes más.
MIGUEL.—Tú tuviste la culpa, por no haber venido.
MARISA.—Los domingos ya sabes que no hay forma. Por supuesto: ¿oirías misa?
MIGUEL.—Tempranito. En los frailes del Pardo.
MARISA.—Eso sí es de buen gusto. ¿La tarde?
MIGUEL.—Aquí, encerrado... Trabajando. (*Cogiendo un brazalete cincelado que habrá sobre la mesa de trabajo.*) Mira.
MARISA.—Lindo brazalete. (*Quitándosele.*) ¿Mío?
MIGUEL.—Póntelo
MARISA.—(*Colocándose la pulsera.*) ¡Precioso! ¡Eres un gran artista!
MIGUEL.—A todo esto, ¿quieres beber?
MARISA.—No. Ayer hicimos locuras y hoy protesta el cuerpo

MIGUEL.—(*Un poco alarmado.*) ¿Locuras?

MARISA.—Figúrate. Bajamos a San Antonio. La noche estaba 'egia. La verbena como de estampa japonesa. ¡La gran rueda! La ola giratoria! ¡Los churros! ¡Los fenómenos! ¡Me acordé aás de ti!

MIGUEL.—Por los fenómenos. ¿Bebiste?

MARISA.—Más de la cuenta. (*Gesto de desagrado de Miguel.*) Jo te contraríe. ¿Qué hacer? Iban Chunga Martínez, las de Saledo, Tilita y Paca Ruiz-Gómez. Las dió por el baile. Yo fuí e las más comedidas.

MIGUEL.—¿Y de ellos?

MARISA.—Nadie, como quien dice. Agustinito, Goro y Tono se tracaron de manzanilla.

MIGUEL.—¿Había colmado andaluz?

MARISA.—No. Si era de la otra. En cocimiento. Y con agua e azahar. (*Observando la poca gracia que todo esto le hace a Miguel.*) ¡Vaya! No me hagas caso. Ya sé que todo esto te disusta. No fuí. Me lo han contado. Quisieron llevarme. Pero tamién estuve en casa. Toma. Pensando en ti. Como tú. (*Saca del olsillo un billetero de tela y se lo da.*)

MIGUEL.—(*Muy contento.*) ¿Lo has hecho tú? ¡Soberbio! ¡Graias, Marisa! Me ha vuelto el habla. (*Lo ha dicho comiéndosela, asi.*)

MIGUEL.—¿Quieres explicarme para qué has traido a Curro? De carabina?

MARISA.—De rifle. No porque me importe lo que digan de mí, ino por tu buen nombre.

MIGUEL.—No padece. Paulina ha dicho a los vecinos que eras a mecanógrafa.

MARISA.—Que se lo van a creer... ¡Con el roaster a la puera! (*Señalándole el sillón más distante del suyo.*) Bueno, siénese allí. (*Miguel se sienta, pero en el más cercano.*) No. En el tro, Tenemos que hablar.

MIGUEL.—(*Obdeciéndola.*) ¿Qué estamos haciendo desde que as venido?

MARISA.—Picotear, más bien. (*Poniéndose muy seria.*) Mírame. Cómo estoy?

MIGUEL.—Deliciosa.

MARISA.—No es eso.

MIGUEL.—¿Pues?

MARISA.—De gesto, digo.

MIGUEL.—Mejor que Gloria Swanson.

MARISA.—Pero, ¿qué expresa mi cara?

MIGUEL.—Alegría.
MARISA.—No.
MIGUEL.—Amor.
MARISA.—¡Iluso!
MIGUEL.—Esperanza.
MARISA.—¡Cursi!... ¡Indignación, hombre, indignación!
MIGUEL.—¡Ah, sí! ¡Estás indignadísima! Pero te falta el rótulo.
MARISA.—Pues prepárate... Porque es contigo.
MIGUEL.—¿De esto me sirve el brazalete?
MARISA.—(*Arrojándoselo con desprecio.*) ¡A mí no se me compra con esta porquería!
MIGUEL.—(*Levantándose con mucha calma y volviéndoselo a poner.*) Eso es otra cosa. Póntelo y habla.
MARISA.—Hablo. Una de las razones por que me decidí a aceptarte fué por la seguridad que tenía en que ya no sentirías deseos de engañarme.
MIGUEL.—¿Y los siento?
MARISA.—No lo sé. Pero me engañas.
MIGUEL.—Primera afirmación. Falsa.
MARISA.—Además me engañas con la misma mujer, que es peor.
MIGUEL.—Segunda afirmación. Gratuita.
MARISA.—Si es gratuita o no, tú lo sabrás. Pero ella debe gastar lo suyo.
MIGUEL.—¿A quién te refieres?
MARISA.—(*Con sincera amargura.*) Ya lo sabes. ¡A esa mujer que por lo visto no se contenta con poner en ridículo a mi madre y quiere ponerme a mí también!
MIGUEL.—Vamos, Marisa. Dejemos de una vez este tono banal y hablemos como las personas que piensan y sienten. ¿Qué es lo que tienes? ¿Qué te sucede?
MARISA.—(*Conmovida de veras.*) No lo sé. Que venía muy alegre, muy contenta..., y ahora siento deseos de llorar.
MIGUEL.—¿Me dejas acercarme un poco?
MARISA.—(*Que lo está deseando.*) Bueno.
MIGUEL.—(*Acercándose.*) ¿Me dejas que te mire a los ojos?
MARISA.—Tienen mucho rimel.
MIGUEL.—No importa. ¿Me dejas?
MARISA.—Bueno. (*Miguel la mira. Ella sostiene la mirada. Se ríe por no llorar.*) ¡Tonto! ¡Grandísimo tonto! ¿Por qué me habré fijado en ti? ¿Por qué habrían cerrado el portal aquella noche?

MIGUEL.—Porque tu portero es un sabio. Porque así, al cear la puerta, no se escapaba nuestra felicidad.

MARISA.—¿Tú eres dichoso?

MIGUEL.—Hoy no. Porque tú no lo eres.

MARISA.—Lo sería si estuviera segura de ti.

MIGUEL.—Pero, ¿en serio dudas?

MARISA.—No lo sé, Miguel. Sólo sé que si tuviera la certeza que me engañabas, no volveríamos a vernos. Y tú sabes e cumplo lo que digo. ¡Me han contado unas cosas de ti! ıcho me había yo imaginado, pero no tanto. ¡Horrores me n referido! Hoy mismo en el curso para extranjeros, hemos blado de ti.

MIGUEL.—¿Tratabais de los monumentos nacionales?

MARISA.—Tratábamos de la simpatía de los españoles. Y una rteamericana que te conoció en Pensilvania, te nombró.

MIGUEL.—¿Cómo se llama?

MARISA.—Miss Alicia Yung.

MIGUEL.—(*Haciendo memoria.*) ¿Yung... Yung...?

MARISA.—No te hagas el tonto. (*Con la voz quebrada por la oción.*) Lleva un retrato tuyo.

MIGUEL.—¿Todavía?

MARISA.—Todavía. (*Pausa. Para Miguel, violenta. Para Maa, propicia a recapacitar sus pensamientos.*) ¡Si supieras qué sconsuelo me ha producido verle entre sus manos! ¡Los homs no podéis explicaros esta sensación de dolor, este amargo encanto que dejáis en nosotras con vuestras aventuras! éis que a las mujeres nos halagan los hombres con fama burladores. Y no dejáis de tener razón. Esa cualidad abo vuestro dominio, vuestra superioridad sobre nosotras. Pero s satisface solamente en cuanto consideramos vuestras avenas como hechos abstractos, como relaciones con mujeres de que nada sabemos y a las que nunca conoceremos. Pero ındo una de esas mujeres, que han sido vuestras, se cruza nuestro camino, no podéis imaginaros qué sabor tan amar nos deja, y qué deseo de llorar, y qué desesperación por haber nacido antes y haberos conocido cuando aún no hais caído en su poder. Quisiera una anular todo el pasado volverlo a reconstituir con su pureza primitiva. Es cuando da una cuenta del légamo en que os habéis manchado y perimentamos no sé qué extraño sentimiento mezclado de ugnancia, de desencanto y de piedad hacia vosotros.

MIGUEL.—¡Marisa!

MARISA.—¡Sí, Miguel, sí! ¡Esa mujer, bien ajena al daño

que estaba causando, me ha contado cosas que no quisiera yo que hubieran ocurrido! ¡Qué triste todo esto! ¡Qué triste y qué injusto para nosotras! A la mujer se la exige ser pura como el rayo de luz. El hombre, en cambio, ¿qué importa que haya rodado de charco en charco, hasta encenagarse? Con un baño de higiene, limpio del todo. ¡Y así hemos de aceptaros, y así venís a ser padres de nuestros hijos, y así seguiréis inculcándoles, cuando ellos sean hombres, la idea de que lo que mancha en la mujer, resbala sobre vosotros sin dejar huella! ¡Qué horror! ¡Qué horror tan grande y qué copa de amargura para nosotras, que, siendo puras, tenemos forzosamente que habituarnos a vuestro sabor a cieno como si fuera sabor de mieles o agua de limpio manantial!

MIGUEL.—(*Vencido.*) Dejemos esto, ¿quieres?

MARISA.—Sí. Dejémoslo. Aceptémoslo como un hecho fatal contra el que, por ahora, es inútil rebelarse. Pero prométeme, al menos, no reincidir. ¡Mira que no podría sufrirlo! La idea de una aventura clandestina por tu parte, bastaría para destruir todo lo que has ganado en mi corazón, que no es poco. ¿A qué viene esa mujer a tu casa?

MIGUEL.—No hablemos más de esa mujer. Viene a pedirme una recomendación. Lo sabes por Paulina.

MARISA.—¿No será cursi pedirte que me lo jures?

MIGUEL.—No, Marisa. No lo es. ¡Jurado!

MARISA.—Pues júramelo.

MIGUEL.—¿Por qué?

MARISA.—Por mi tranquilidad... Por nuestro sosiego. Ya el día que te conocí me clavaste la espina de la duda. Me refiero a tu historia con la española.

MIGUEL.—(*Contrariado.*) ¿Quién se acuerda de eso?

MARISA.—¿Cómo no he de acordarme? Si tuvo póder para empujarte a buscar la muerte y la has olvidado, ¿qué no harías conmigo, que no he pasado de interesarte como una muñeca? Y si no la olvidaste, de bien poco depende nuestra dicha: de que cualquier día te la ponga la casualidad en el camino.

MIGUEL.—Estate tranquila. Aquella mujer ha muerto.

MARISA.—¿Y no me lo has dicho hasta hoy? (*Pausa. Se ve que la contrariedad de Miguel es grande.*) ¿Te enojan mis celos?

MIGUEL.—No. Más bien me llenan de orgullo. Pero en realidad hasta hoy acaso no hemos examinado bien las circunstancias tan distintas en que nos hallamos cada uno.

MARISA.—¿Qué quieres decir?

MIGUEL.—(*Sin saber cómo empezar.*) Nada, Marisa... Que yo también tengo algo que confiarte... Hasta hoy no he sabido que

ntre nosotros se interponían dos cosas.

MARISA.—¿Cuáles?

MIGUEL.—Un hombre y un obstáculo material.

MARISA.—El hombre no me interesa. Hablemos primero del obstáculo. ¿En qué consiste?

MIGUEL.—En que tú no has sido leal conmigo.

MARISA.—¡Miguel!

MIGUEL.—Porque no me has dicho la verdad sobre tus bienes. Yo soy un hombre pobre.

MARISA.—¿Y yo soy rica?

MIGUEL.—Si no me han engañado, dueña de unos cuantos millones.

MARISA.—(*Entre asombrada y burlona.*) ¿Unos cuantos?

MIGUEL.—Catorce.

MARISA.—(*Francamente jocosa.*) Como los versos de un soneto.

MIGUEL.—No te rías, no.

MARISA.—¡Pero chiquillo! ¿Catorce millones yo? ¿De qué? Mi madrecita y yo éramos pobres de solemnidad.

MIGUEL.—Pero ya no.

MARISA.—¿Y de dónde nos viene esa fortuna?

MIGUEL.—De tus cigarrillos.

MARISA.—¡Bah! Unos miles de duros que no van a ninguna parte. No creo que tengas escrúpulos en aceptarlos.

MIGUEL.—Eso era al principio. Ahora son muchos miles.

MARISA.—Es posible. Yo nunca he preguntado sobre mis intereses. Me parecía una indelicadeza exigir cuentas de lo que graciosamente se me había regalado. (*Marisa ha vuelto a ponerse seria, como si la idea de su posible fortuna anublase su alma.*) ¿Y tú cómo sabes...?

MIGUEL.—Porque hay alguien interesado en que lo sepa.

MARISA.—¿Quién?

MIGUEL.—Tu hermanastro.

MARISA.—(*Extrañada.*) ¿Juan? ¿Qué interés tiene?

MIGUEL.—Mi renuncia a ti.

MARISA.—Entonces, ¿ese es el hombre?

MIGUEL.—Ese.

MARISA.—Pues no te dé cuidado.

MIGUEL.—Es que apelará a todos los medios. Será capaz de desacreditarnos. De inventar calumnias. De buscar la manera de separarnos para siempre.

MARISA.—Estando advertidos...

MIGUEL.—¿Pero y lo otro?

MARISA.—¿Qué?

MIGUEL.—Tu fortuna.

MARISA.—¡Inventada por él, de seguro!

MIGUEL.—Si fuera inventada, no le interesarías.

MARISA.—(*Quedándose un momento pensativa.*) Tienes razón. (*De pronto, cambiando de tono.*) Y aunque así fuera y yo poseyera ese dinero, ¿qué tiene que ver para que tú me quieras yo te idolatre?

MIGUEL.—Yo soy un hombre digno.

MARISA.—¡Adiós! ¡Ya salió aquello! No, Miguel, no. No seas así conmigo. Si quieres, renunciaré a todo. Viviremos modestamente, como dicen las heroínas. (*Muy zalamera, muy tentadora.*) Si tú fueses rico, ¿no aceptaría yo gozosa tu riqueza?

MIGUEL.—No es lo mismo.

MARISA.—¿También a esto aplicáis las leyes disparatadas que a amor? ¿También vosotros acaparáis la dignidad sin dejar a nosotras protestar? ¡Ay, pobrecito mío, tan experto, tan corretón y ahora salirnos con esos escrúpulos! ¡Alégrate, hombre! ¡Alégrate de que yo sea rica! Así tendrás una preocupación menos la de que mañana te entristeciera ver que no podías satisfacer mis caprichos. (*Ahora, el conmovido es Miguel.*)

MIGUEL.—¡Marisa!

MARISA.—(*Que ha recuperado su primitiva alegría.*) Se me ocurre que hagamos un trato para desvanecer tus reparos. Y te presto un millón. Tú lo empleas en negocios. En cuanto lo dupliques, nos casamos. Con un par de millones ya se puede vivir. Los otros trece los empleamos en obras de caridad. Y e atender a todas las suscripciones benéficas que abran los periódicos, que no sé si tendremos bastante. Y si lo pierdes, me pierdes a mí, porque entonces... ¡ni hablar de boda! ¿Aceptas?

MIGUEL.—Acepto.

MARISA.—¿Ves? ¡Ya has puesto otra cara! ¡Vamos, Miguelillo, anímate! Y me voy, que es muy tarde.

MIGUEL.—¿Ya?

MARISA.—No hay más remedio. (*Como de costumbre, ha sacado su polvera y se frota la nariz y las mejillas. Mirando Miguel por el espejito de mano.*) ¿Sigues triste todavía? Ven aquí. Hoy te voy a permitir una picardía. (*Miguel ha dado un paso hacia ella.*) Cuádrate. (*Miguel se cuadra militarmente.*) Ahora, las manos atrás. (*Miguel la obedece.*) Quieto. (*Miguel no se mueve.*) Alarga el cuello hacia mí. (*Miguel estira el cuello como una jirafa.*) Perfectamente. (*Guardándose la polvera y poniéndose el índice en la mejilla.*) Bésame aquí. En mitad del carrillo. Pero cuidado con desviarte ni un centímetro del sitio señalado. (*Miguel la besa.*)

MIGUEL.—Ya está.

MARISA.—Muy bien. ¡Rompan filas! (*Miguel recupera su li-ertad de movimientos.*) Esto ha sido a cuenta del millón. Y nañana, si se confirman tus noticias, te firmaré el cheque. (*Lla-nando.*) ¡Curro! (*Marisa vuelve nuevamente a la terraza, don-le se habrá dejado el sombrero. Miguel la sigue. Salen Curro Paulina. PAULINA y CURRO, solos.*)

CURRO.—(*Saliendo.*) ¿Señorita?

PAULINA.—¿No está?

CURRO.—(*Que la ha visto en la terraza.*) Sí, señora. Diciendo adiós a los canarios. (*Cambiando el tono, a Paulina.*) ¿Queda-nos, doña Paulina, en que el domingo me acompañará usted l cine?

PAULINA.—¡No sea usted depravado, don Curro! Si se confor-na usted, daremos un paseíto por Rosales. A más no puedo cceder.

CURRO.—Sea como usted quiera. Pero al café sí que iremos.

PAULINA.—Si no es más que a tomar café...

CURRO.—(*Malhumorado.*) ¿Pues qué quiere usted que se haga n un café?

PAULINA.—¡Bueno, bueno! ¡No se enfade usted! ¡Con ese ge-io no iremos a ninguna parte!

CURRO.—Discúlpeme usted, doña Paulina.

PAULINA.—Está usted disculpado, mi señor don Curro. Y ca-le, que aquí salen ya. (*Así es. Vuelven MARISA y MIGUEL por a izquierda. Ella con el sombrero, bolsillo, etc. Se dirige dere-hamente al foro y sólo dice al pasar.*)

MARISA.—Hasta mañana, Paulina.

PAULINA.—Vaya con Dios la señorita. Ya está esperando el as-ensor.

MARISA.—(*En el foro, a Miguel.*) ¡Adiós!

MIGUEL.—¡Adiós!

MARISA.—Y ya lo sabes. Si vuelve esa mujer, me pierdes para iempre e ingresaré en un convento. (*Despedida afectuosa y mu-is de Marisa, seguida de Curro, Miguel y Paulina. La escena n instante sola. En seguida vuelve Miguel, que cruza rápida-nente la escena y hace mutis por la terraza. Inmediatamente uelve también PAULINA.*)

PAULINA.—(*Sola. Contemplando a Miguel en la terraza.*) ¡Mí-enlo! ¡Si se va a descolgar por la barandilla! ¡Parece menti-a que se pueda ser tan hombre y tan crío! ¡Y ella vale un otosí! ¡Esa es la verdad! Bueno, Paulina, a tus quehaceres. *Se dirige hacia la derecha. Al llegar a la puerta vuelve.*) No

me voy tranquila. (*Se asoma a la puerta de la terraza. Se ve a Miguel que inclinado sobre la barandilla agita un pañuelo en la mano.*) Menos mal. Ya se fué. ¡Sí, hombre, sí, con el pañuelo! ¡Como si se marchase a las Indias! (*Se ríe satisfecha y hace mutis por la derecha.*)

TELON RAPIDO





ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. Es de noche.

(En escena MARISA y JUANITO. Ella sentada, nerviosa, con *gusto. El de pie, flemático, impaciente. No hay que presen-* *a Juanito. Le conocemos de oídas y además le hemos visto* *Negresco o en el Aero, con su* tenue *impecable, su sonrisa* *a, su cabellera ondulada y una flor en el ojal.)*

JUANITO.—Bueno, pues tú dirás.

MARISA.—¿Tienes mucha prisa?

JUANITO.—Así, así.

MARISA.—¿Te esperan?

JUANITO.—Como siempre.

MARISA.—¿Amigas?

JUANITO.—Amigos. A ellas no las esperamos nunca.

MARISA.—¿Ellas os esperan?

JUANITO.—Por lo regular.

MARISA.—Pues ya que no son ellas, ellos que se fastidien. El nto que vamos a tratar es de bastante importancia.

JUANITO.—¿Para ti?

MARISA.—Para los dos. (*Pausa.*) ¿Has pensado alguna vez mí?

JUANITO.—Sería un idiota si no hubiera pensado. Tú te lo mereces.

MARISA.—Gracias.

JUANITO.—No tienes de qué.

MARISA.—Entre una mujer y un auto, ¿tú qué elegirías?

JUANITO.—Según fuesen el auto y la mujer.

MARISA.—Un buen auto y...

JUANITO.—¿Una buena mujer? Si el auto fuera un Linlcon por ejemplo, me quedaba con el auto.

MARISA.—¿Aunque la mujer fuera yo?

JUANITO.—Tienes unas cosas que le hacen a uno dudar.

MARISA.—(*Rápida. Herida en su amor propio.*) No dudes. Quédate con el Linlcon. Yo iba a darte a elegir.

JUANITO.—Juegas con ventaja. Eso se advierte antes.

MARISA.—¿A que va a resultar que me prefieres?

JUANITO.—Natural. Hablábamos de una mujer *o* un auto; no de una mujer *con* auto.

MARISA.—¿Si llamas auto a un dos asientos Citroen? Mejor el tuyo.

JUANITO.—Es que yo no vendería mi libertad por un coche de serie. Y tenerte a ti sería tener mujer y Rolls.

MARISA.—Eres bastante cínico.

JUANITO.—La gente ha dado en llamar cínico al que responde según le preguntan.

MARISA.—Además, yo nunca he pensado en que perdieras tu libertad.

JUANITO.—¿No? ¿Entonces de qué hablas?

MARISA.—Ahora lo sabrás. No corras.

JUANITO.—Como íbamos en auto...

MARISA.—Te embalabas, sin querer. Pues me llevo un desengaño. Porque me habían dicho otra cosa.

JUANITO.—¿Y es?

MARISA.—Que te perecías por mí.

JUANITO.—¿Quién te lo ha dicho?

MARISA.—Todo el mundo. Y de no ser así, no se comprenden tus planes.

JUANITO.—(*Escamado.*) ¿Planes?

MARISA.—No te hagas de nuevas. (*Pausa.*) Con franqueza, Juanito: ¿a ti te molesta mucho, mucho, que yo sea rica?

JUANITO.—Por ti, no. Sería poco galante.

MARISA.—¿Te molesta... por ti?

JUANITO.—Eres muy lista.

MARISA.—¿No te molestaría si tú fueras tan rico como yo; ¿no es eso?

JUANITO.—Me parece humano.

MARISA.—Y a mí. En dos palabras: Que tú consideras injusto que yo posea dinero al que, en tu conciencia, crees tener más derecho que yo.

JUANITO.—Innegable.

MARISA.—Y yo lo apruebo. En efecto, la donación graciosa que tu padre hizo a mi favor te ha jorobado bastante.

JUANITO.—No lo sabes tú bien.

MARISA.—Pues como yo soy muy equitativa y me gusta darle al César lo que es del César, estoy dispuesta a reintegrarte en la posesión de tu dicha, haciendo que ese dinero vuelva a tu poder.

JUANITO.—(*Perplejo.*) ¡Marisa!

MARISA.—Claro está que, como te estimo en lo que vales y te conozco muy bien, al darte tu dinero quiero mirar a tu seguridad.

JUANITO.—(*Empezando a comprender.*) ¿Y para ello?

MARISA.—Yo seré la encargada de administrarte. De otra manera en dos días...

JUANITO.—Me parece que te pasas de la raya en lo sagaz.

MARISA.—Pues adivina el resto. ¿Qué es lo que te propongo?

JUANITO.—Que me case contigo.

MARISA.—Siempre das en el blanco. Si mis informes no eran falsos, tú ya habías pensado en ello.

JUANITO.—(*Con burda astucia.*) Cualquiera, en mi lugar, hubiera tenido él mismo pensamiento.

MARISA.—Claro. ¿Para qué andar buscando la fortuna por ahí, teniéndola en casa?

JUANITO.—La fortuna... y la felicidad.

MARISA.—¿Además?

JUANITO.—No he de entrar ahora a describir tus encantos.

MARISA.—Haces bien. No valen la pena.

JUANITO.—No es eso. Por lo numerosos.

MARISA.—¡Ah!

JUANITO.—Créeme. Si he aparentado contigo una frialdad que no sentía, era estudiada. Para rehuir la atracción que ejercías sobre mí.

MARISA.—Si ya lo decía yo: Este chico debe andar enamorado de mí. No hay más que verle la cara. Pero el pobre ¡es tan tímido!

JUANITO.—Tímido, no.

MARISA.—(*Burlona.*) ¿Tú crees?

JUANITO.—El miedo a tirarme una plancha. Creí que no me

harías caso. Y tenía mis motivos. San Cristóbal andaba p medio.

MARISA.—¿El santo?

JUANITO.—El conde. (*Marisa hace un gesto de desdén.*) N me lo niegues.

MARISA.—¡Ya!... ¿Para qué?

JUANITO.—(*Sorprendido.*) ¿Ya? ¿Es que habéis liquidado?

MARISA.—(*Como pensando en una idea amarga.*) Por com pleto.

JUANITO.—¿Causas?

MARISA.—No creo que te interesen.

JUANITO.—Las mujeres, como siempre. Tiene cartel. (*Pa us Marisa no contesta.*) Me están esperando. ¿Quedamos?

MARISA.—(*Volviendo a la realidad.*) Un momento. Hay qu precisar algunos detalles.

JUANITO.—Enumera.

MARISA.—Primero. Es condición indispensable que hoy sep todo Madrid nuestra promesa de matrimonio.

JUANITO.—Descuida. Lo sabrá. San Cristóbal sobre todo, es eso lo que te interesa.

MARISA.—¿Sabes que no eres tan tonto como yo creía?

JUANITO.—Engañan mucho las apariencias.

MARISA.—Mucho.

JUANITO.—Y te advierto que si todo esto es un juego tuy para darle achares, debes andar con tiento. Podrías mañana l mentarlo.

MARISA.—¿Es una amenaza?

JUANITO.—Es una simple aclaración. Sigue.

MARISA.—Una vez casados, podrás disponer libremente y si obligarte a rendir cuenta ninguna de las rentas íntegras qu produzca el capital aportado por mí. Pero se sobrentiende qu bajo ningún pretexto, podrás dientar contra el capital en glob

JUANITO.—Acepto. A cambio de esa cláusula, aceptarás es otra. A partir de nuestro matrimonio, la propiedad de los c garrillos que ahora te corresponde, nos corresponderá por igu a los dos.

MARISA.—No hay inconveniente.

JUANITO.—¿Ves qué bien nos vamos a entender?

MARISA.—Si esto va como una seda.

JUANITO.—Asi da gusto. (*Pausa.*) ¿Quieres explicarme a cam bio de qué me haces todas estas concesiones? ¿A cambio de t libertad de acción?

MARISA.—Donde pones el ojo, pones la bala. No te marra un

JUANITO.—Que soy buen tirador de pichón.

MARISA.—Galantería por tablas.
JUANITO.—¿Pues?
MARISA.—Me has llamado pichona.
JUANITO.—No había reparado.
MARISA.—Yo sí. Estoy pendiente de tu ingenio.
JUANITO.—Eres de sosa cáustica. (*Reanudando el tema.*) ¿Es lecir, que mi mujer...?
MARISA.—Nula.
JUANITO.—Pero ¿siempre, siempre?
MARISA.—Siempre, siempre.
JUANITO.—A ver, precisa un poco más.
MARISA.—Boda rápida, sin ostentación... Viaje de novios siaulado... Y estancia en París, por separado.
JUANITO.—No, si acabaremos por querernos. ¡Con ese procediaiento! (*Pausa.*) ¿Luego?
MARISA.—Tú por tu camino y yo por el mío. No creo que te reocupe mucho la descendencia.
JUANITO.—Siempre es enojosa. No se puede gastar a gusto. lay que pensar en el mañana de los hijos.
MARISA.—¿De acuerdo?
JUANITO.—Me parece excesivo.
MARISA.—Entonces, ¿no aceptas?
JUANITO.—Tanto como no aceptar... Te ruego que reflexiones n poco. Eres joven. Eres bonita. Yo creo que no asusto. Quizá on buena voluntad.
MARISA.—Es condición esencial. En público nos adoraremos. n privado, como ahora. ¿Convenido?
JUANITO.—Me haces dudar.
MARISA.—Pues no hay nada de lo dicho.
JUANITO.—Eres tremenda. En fin, para que veas que te quie- bien, haré un esfuerzo por complacerte. Sea. (*Pausa.*) ¿Nada ıás?
MARISA.—(*Con profundo desprecio.*) Nada más.
JUANITO.—(*Con mucha calma.*) Una cosa quiero decirte. Pero o sé cómo.
MARISA.—Si es alguna barbaridad, cállatela.
JUANITO.—Barbaridad, puede... Frecuente, si es.
MARISA.—(*Impaciente ya por terminar.*) Acaba.
JUANITO.—Que tú, por tu parte, no des demasiado que decir... perdona... Porque mi papelito... ¡se las trae!
MARISA.—(*Airada. Cruzándole el rostro con el insulto.*) ¡Imécil!
JUANITO.—¿Te has ofendido? No tengo derecho a pensar... ¿A ıé vienen, entonces, todos esos ofrecimientos gratuitos? ¿A

qué este cuento de hadas, si no es para tu propio provech ¿Qué sacas tú de todo esto? Porque si es simplemente un ac de despecho, debes pensarlo antes. Yo seré ventajista, pero i tonto. Y lo que hagas ahora, después no podrás enmendarlo. no ser como se enmienda estos errores: llegando al mismo f por peores caminos. Y en ese caso, San Cristóbal acabaría sie do tu amante, pero te despreciaría... Y discúlpame si soy u poco duro de frase. A las cosas hay que llamarlas por su nor bre. El Quijote está lleno de palabrotas, pero está clarito. (*Pa sa. Marisa no le mira siquiera. Se ha sumido en un profun silencio despectivo.*) ¿Quedamos en que puedo pedirle tu ma a papá?

MARISA.—(*Secamente.*) Puedes.

JUANITO.—¿Fecha?

MARISA.—Cuanto antes.

JUANITO.—¿Te parece bien el mes próximo? Tendrás que pr parar tus cosas.

MARISA.—Ya están preparadas.

JUANITO.—¡Qué precavida! Entonces, con tu permiso, me vo Me he retrasado demasiado. Aunque el asunto lo merecía.

MARISA.—Sí. *El asunto.*

JUANITO.—Va a caer como una bomba. (*Pausa. Mirándola.*) ¿N estás alegre?

MARISA.—(*Con la voz quebrada en un sollozo.*) Mucho. Ya ves.

JUANITO.—¡Vaya, hasta luego, mi vida!

MARISA.—(*Secamente.*) Adiós. (*Juanito se va. Marisa, próxin a llorar, se levanta y se va también por la izquierda. Un pausa. En seguida viene por el foro Miguel, seguido de Curro.*)

CURRO.—La señorita estaba aquí ahora mismo.

MIGUEL.—Déjala. No es a ella, a quien quiero ver. Es a la s ñora. ¿La diste mi recado?

CURRO.—Precisamente entraba ella en la habitación del tel fono cuando el señor llamó. Hace rato que le espera. Voy avisarla. (*Curro hace mutis por la derecha. Miguel le llama.*)

MIGUEL.—¡Curro!

CURRO.—(*Volviendo.*) ¿Señorito?

MIGUEL.—(*En tono confidencial.*) ¿Está muy afligida?

CURRO.—¿Quién, la señora?

MIGUEL.—No. Marisa.

CURRO.—Ya la conoce el señor. En apariencia, no. Pero ot le queda por dentro. Ayer tarde los señores fueron al conciert Ya sabe el señor lo que a ella le gusta la música. Pues no qu

o ir. Ni siquiera puso la radio. ¡Y eso que daban Beethoven y Ravel!... Esto, en ella, es muy mal síntoma. ¡Muy malo! (*Pausa.*) Con permiso del señor conde. (*Se va Curro. Miguel da muestras de viva impaciencia.*)

MIGUEL.—¡Ay, cabeza de chorlito! ¡Cuánto me harás sufrir! (*Sale Isabel. Ha envejecido ligeramente, pero ha ganado en señorío, en arrogancia. Acude al encuentro de Miguel con naturalidad y le tiende la mano.*)

ISABEL.—Te esperaba. Un día u otro, te esperaba. (*Señalándole un asiento y sentándose a su vez.*) Cuenta. ¿Qué os ha pasado?

MIGUEL.—Nada. Una pequeñez. La viuda, que no me deja en paz. Por otra parte, Marisa es demasiado inocente. No hay modo de convencerla de que todo ha pasado.

ISABEL.—Es difícil, se la encontró por tercera vez en tu casa. Comprenderás que no la faltan motivos para dudar.

MIGUEL.—Si yo soy el primero en reconocer que la fatalidad lo ha enredado todo. Pero te aseguro, Isabel, que sin fundamento.

ISABEL.—Te creo. Y todo se arreglará. Ya me ves tranquila. ¿Qué deseas de mí?

MIGUEL.—Que intervengas en esto. Que hables con ella. Que la convenzas. Preveo que Marisa está a punto de cometer una gran tontería, si no la ha cometido ya, y hay que evitarlo a toda costa. (*Pausa.*) ¿Es cierto que Marisa es rica? ¿Inmensamente rica?

ISABEL.—Lo es. Sin quererlo. Sin haberlo buscado. De un modo providencial.

MIGUEL.—Pues está prevenida. Esa fortuna puede ser la causa de su desdicha. Hay quien la codicia y no repara en medios para alcanzarla. Tu hijastro maquina una villanía.

ISABEL.—¿Cuál?

MIGUEL.—Descubrirla nuestros pasados amoríos, haciéndola creer que fueron más que amoríos.

ISABEL.—¿Y qué conseguirá con eso?

MIGUEL.—Alejarla de mí, para casarse luego con ella.

ISABEL.—(*Indignada.*) ¡Oh! No será.

MIGUEL.—No será. Pero, sobre todo, lo que no debe ser es que ella sepa jamás nuestro cariño. Aun siendo puras nuestras ilusiones, como fueron, se levantarían para servir de obstáculo a las suyas y fatalmente mataríamos su amor. Y eso no ha de ser. Por todos los medios hemos de evitarlo. (*Pausa. Un poco temeroso de lo que va a decir.*) Yo, entretanto, si te parezco un marido digno de tu hija, arreglaré mis cosas cuanto antes.

ISABEL.—¿Sí me pareces digno de ella? ¿Pues por qué he pr tegido vuestros amores desde el primer día? La noche que v vimos a vernos aquí, al cabo de los años, la noche que cor ciste a Marisa, fué para mí muy triste. Al marcharte tú y c jarme en aquel desconsuelo que me dejaron tus palabras, t frías, tan indiferentes, me refugié en mi cuarto. La casualid quiso que, al entrar, me enfrontase con el espejo, cuyos reflej se destacaban en la obscuridad. Una figura de mujer me llama desde su fondo, en la penumbra. Me acerqué a contemplarla me quedé atónita. Era yo, no siendo yo. Para verla mejor, e cendí la luz. La examiné minuciosamente. En las sienes la d cubrí unas hebras de plata. En los párpados se dibujaban un pequeños pliegues, apenas perceptibles. Nada más. Pero e bastante. Tuve la sensación de que el mundo se derrumba sobre mí y me faltaban fuerzas. Acababa de enterarme de q mi juventud había acabado. Entonces lo comprendí todo. C desplomada sobre el lecho y me pasé la noche sollozando. I sé lo que pensé, ni qué pasó por mí. Como en la poesía de B quer: "yo sé tan solo que lloré afligida, y que en aquella n che envejecí". (*Pausa. Miguel la escucha conmovido, sin at verse a interrumpirla.*) Pero a la mañana siguiente, conte plando a mi hija, radiante de felicidad y de hermosura, r sentí otra. Más fuerte, más dichosa. Era como si hubiera r encarnado en la juventud de mi hija. Desde aquel momento pensé más que en vuestro amor. En aquel amor descubierto p mí en cuanto me dijiste que la habías visto. Y me miré ella para que te ganase el alma y para que te recreara los sen dos. Cada traje que estrenaba, cada joya que se ponía, me h cía pensar en tí. Era un nuevo modo de quererte, por mi par ¿Quién más segura de labrar vuestra mutua felicidad, conoci doos a los dos como os conozco? ¿De qué, si no, me hubiera s vido haber puesto en los dos tanto cariño? Tú sabías cuan sinsabores me había costado verla dichosa. Por ella pasé ha bre, sufrí vejaciones, me humillé, lloré largas horas de ang tia y de dolor y me vendí, legalmente, al hombre que hoy r da su apellido. Por ella me condenaría para toda la eternid y por ella te hubiera ofrecido mi cuerpo para que lo desgarr ses, mi alma para que la condenases y mi voluntad para q dispusieras de ella, como de un ser que ya no era sino u sombra pálida, que seguía, anhelante, los pasos de su hija. Todo esto te hubiera dicho. Pero no fué preciso. Tenía co fianza en mi hija y en tí. Hoy me alegro. El corazón no me h bía engañado.

MIGUEL.—Debo confesarte que, en un principio, no me hice ɪflexión ninguna. ¡Es tan fácil equivocarse con las muchachas e ahora! Pero, luego... ¡Si eras tú! Si eras tú misma, como o te hubiera querido para mí, como cuando nos conocimos de ɪuchachos. ¡Recién despierta a la vida, sin contaminarse aún e sus miserias! ¡Si por ser hija tuya la quiero de este modo! Cómo no amarla con locura, Isabel? Si hasta me parece que en ɪi amor hacia ella late un fondo lejano de paternidad espiriɪal. ¡Cómo si lo que yo pude influir en tu alma, hubiera inuído luego sobre la formación de su espíritu! (*Pausa. Ahora, ɪ conmovida es Isabel. Dos lágrimas de santa ruedan por sus ɪejillas.*) ¿Lloras?

ISABEL.—¡De alegría! ¿Te acuerdas de un retrato que nos himos, siendo muchachos, en un barracón de feria? ¿Te acuerɪs de un manojito de rosas que me compraste un día en la ɪlle? Todo lo conservo todavía. Y ¿sabes, ahora, para qué? ara entregárselo a mi hija el día que os caséis diciéndola que ɪn reliquias sagradas de unos amores imposibles que tuve con ɪ padre. ¿Me permites que haga intervenir a tu padre en este ɪgaño inocente? ¿No será ofender su memoria?

MIGUEL.—¡Qué buena eres, Isabel! (*Estrechándola las manos.*) Amigos para siempre?

ISABEL.—Más que amigos: hermanos. Unidos para la felicidad ɪ Marisa. Ve tranquilo. Yo la hablaré. (*Se han puesto en pie.*)

MIGUEL.—¿Espero, entonces?

ISABEL—Ahí enfrente. En el Club. Curro irá a buscarte.

MIGUEL.—Dios te lo premie, Isabel.

ISABEL.—A tí, si la haces dichosa. Si no, Dios te castigue. *ase Miguel. Isabel llama al timbre. Viene Curro.*) Dígale a la ñorita que venga. (*Vase Curro. Pausa. Sale Marisa por la quierda. Acercándose a ella y acariciándola como a una niña.*))ué te pasa? ¿Por qué sufres?

MARISA.—Porque yo no creí que la vida era así.

ISABEL.—A todos nos sucede lo mismo. Nos la imaginamos mo un paisaje paradisiaco, lleno de rositas y de arcángeles... un día, el primer encontronazo contra el dolor, que nos vuel- a la realidad. ¡Es muy lamentable, hija! Pero muy conveente. Sobre todo aprendemos a abrir los ojos y estar siem-e alerta.

MARISA.—Alerta. ¡Esa es la palabra! ¡Con bayoneta calada bíamos estar!

ISABEL. Nunca te vi tan belicosa.

MARISA.—Porque nunca, hasta ahora, comprendí que la vida a una cosa sin sentido.

ISABEL.—Sin sentido común, por lo menos.
MARISA.—Nacer... Vivir... Morir... ¿Para qué?
ISABEL.—Para que otros nazcan y vivan y se mueran.
MARISA—¡Y así siempre!
ISABEL—Siempre. Todo es una historia repetida. Si estuvier de humor, te contaría algo que quizás te distrajera.
MARISA.—¡Falta me haría! ¡Necesito tanto que me consuele
ISABEL.—(*En tono de suave reconvención.*) ¿Tú? ¿La muj moderna? ¿La garzona varonil que se reía de las historias se timentales de los viejos? ¿Tú, que habías desterrado el dol de la vida porque decías que era un estorbo inútil? ¿Tú, qu hablabas de la emoción como de un vicio del espíritu? ¿Tu que te burlabas del amor y recomendabas la ducha fría cont sus tribulaciones? Y ahora... ¿quieres que te cuente histori como cuando eras niña chiquita y yo me sentaba junto a t lecho para dormirte? (*Marisa calla.*) ¿Y si la historia que vo a contarte, por ser de amor, se parece demasiado a la tuya y en vez de consolarte, te entristeces?
MARISA.—Todas las historias de amor se parecen.
ISABEL.—Todas. En que nos hacen desgraciadas cuando él s va. En que nos hacen dichosas cuando él vuelve. Si el tuyo volviera, ¿serías muy dichosa todavía? (*Pausa. Marisa tampoc responde.*) Imagínate un caballero alto, buen mozo, elegante simpático, atrayente...
MARISA.—¿Como él?
ISABEL.—Como el. Imagínate una muchacha casi niña y unc años de alegría en que el caballero de mi cuento y la doncell de mi relato son como dos hermanos.
MARISA.—¿Ella se llamaba?
ISABEL.—Isabel. Isabel García.
MARISA.—¿El?
ISABEL.—Su nombre no hace al caso. Pongamosle... Migue Por ponerle alguno.
MARISA.—Pasemos porque sea Miguel.
ISABEL.—(*Continuando su relato.*) Los vecinos se aman si saberlo. Un buen día Isabel va a París a educarse en un cole gio. A Miguel se lo llevan a Inglaterra... Ella se enamora de un artista.
MARISA.—En tus tiempos todas se enamoraban de un artista
ISABEL.—Era la moda. La influencia de Puccini.
MARISA.—¿Qué clase de artista?
ISABEL.—Pintor.
MARISA.—Debí imaginármelo. Entonces, todos los artistas eran pintores.

ISABEL.—Isabel y el pintor se casan. El pintor está enfermo. iajan, en busca de salud. Además, el pintor no es como ella imaginaba. Viene el desencanto... Las lágrimas... Nace una iña preciosa.

MARISA.—Esa era yo.

ISABEL.—Pongamos que eras tú. Un día Isabel y Miguel se ıcuentran. Se han recordado mucho. Ya son un hombre y una ıujer; se dan cuenta entonces de que se han querido, de que ıl vez se quieren todavía. Pero ya es tarde. Se cuentan sus enas... Lamentan los dos no haberse encontrado antes... Y separan. El pintor muere un día.

MARISA.—¡Pobre papá!

ISABEL.—¡Pobre!

MARISA.—¿No era bueno contigo?

ISABEL.—Como todos.

MARISA.—Bien dices. ¡Como todos!

ISABEL.—Pero no me comprendía.

MARISA.—El que te comprendía era el otro. Siempre pasa eso las novelas.

ISABEL.—(*Rectificándola.*) Isabel, pensaba, ¿vendrá?, ¿no vená?

MARISA.—No la faltaba más que deshojar una margarita. ¡Tu storia es completamente romántica. Sigue.

ISABEL.—Isabel pasó fatigas. Días de verdadera angustia, luando con la pobreza. Al fin consiguió que su hija ingresara un colegio.

MARISA.—Los Sagrados Corazones. Boulevard Saint Michel, 42.

ISABEL.—Si quieres que sea ese.

MARISA.—Ese fué.

ISABEL.—Pasaron más años. Tropezó con un hombre, honrarico... La ofreció su mano... Y apenas se había casado...

MARISA.—(*Rápida.*) ¡Miguel que reaparece! ¡Ya pudo venir poco antes!

ISABEL.—Pero no vino... Y otra vez se volvieron a ver y otra se dieron cuenta de que habían perdido la felicidad, tendola tan cerca... Isabel ya se iba sintiendo vieja. Su hija ıoció a un caballero. Era un muchacho alto, buen mozo, guasimpático.

MARISA.—El vivo retrato del otro. Sería su hijo.

ISABEL.—Por lo menos se le parecía en todo. La casualidad o que la hija... y el galán, se enamorasen.

MARISA.—Y la madre, ¿qué dijo a eso?

ISABEL.—Que no podía tener la hija más fortuna.

MARISA.—¿Si el galán se parecía a su padre?

ISABEL.—En todo.

MARISA.—¿Era bueno?

ISABEL.—Como un santo.

MARISA.—¿Leal?

ISABEL.—Como un esclavo.

MARISA.—¿Generoso?

ISABEL.—Como un pirata.

MARISA.—¿Fiel?

ISABEL.—Como un perro.

MARISA.—(*Rápida.*) ¡Eso no! Era infiel como un hereje.

ISABEL.—¿Por qué?

MARISA.—De seguro le gustarían todas las mujeres.

ISABEL.—¿Y qué hombre está libre de ese pecado? Pero Marisa le gustaba más que ninguna.

MARISA.—¿No habrá mentido en eso el historiador?

ISABEL.—No. Mi historia está tomada de la realidad. El hech es que a ella le picó la viborilla de los celos; que regañó con él de mala manera, y que aunque deseaba hacer las paces su amor propio no la dejaba. Entonces, su madre la hizo mirars en su espejo. No te engañes tú misma—la dijo—. No tengas demasiado orgullo y, sobre todo, no dejes escapar la dicha cuando la tienes al alcance. Perdónale. Si en efecto, dió motivo a tu enojo, para que reciba una lección de generosidad. De est modo demuestras más orgullo por la seguridad que tienes e de las que unen más que separan. Y si has juzgado de liger valer más que todas. Con tal que no reincida, estas faltas so y es inocente, porque nada hay que duela tanto como la injusticia. De uno o de otro modo, la mujer es siempre la que ha de ceder. (*Pausa. Marisa se ha quedado pensativa. De pronto.*)

MARISA.—¿Y qué pasó?

ISABEL.—¡Ah, no sé! De lo demás no me informaron. (*Otr pausa. Marisa está próxima a llorar.*) ¿No te ha gustado cuento? ¿Te has quedado pensativa? ¡Mírame! (*La coge la car entre las manos.*) ¿Te parecería un bonito final que él estuvier esperando a que Marisa le llamase? (*Marisa no contesta, per se arroja en sus brazos y rompe a llorar. Madre e hija quedan un rato abrazadas. Curro aparece por el foro. Las ve y vuelve a desaparecer. Pausa. Isabel separándose de Marisa llamando al timbre.*)

ISABEL.—Serénate. Y si alguien con perversa intención te hablase mal de él o de mí, falseando la historia que te he contado, piensa siempre que lo que tu madre te ha dicho es la santa verdad y que los que tal hagan quieren nuestro daño y tu perdición.

MARISA.—¿Cómo iba yo a creerlos? (*De pronto, con súbita inspiración y recuperando su buen humor.*) Pero, ahora que me acuerdo, mamá. ¡Si no puede ser!

ISABEL.—¿Qué no puede ser?

MARISA.—Reanudar tu folletín.

ISABEL.—¿Por qué?

MARISA.—No lo sabrás mientras no esté todo arreglado. (*A CURRO, que sale.*) Curro, telefonea al señorito Juan y al señorito Miguel que vengan en seguida. Pero diles algo muy gordo para que acudan pronto. ¡Que es para hacer testamento! ¡Que estoy agonizando!

ISABEL.—(*A Curro.*) ¡Qué barbaridad! No digas eso.

CURRO.—(*Con su calma de siempre.*) No hará falta. El señor conde ya está aquí.

(*En efecto, sale MIGUEL. Marisa no sabe dónde meterse.*)

ISABEL.—(*Extrañadísima.*) ¿No esperaba usted en el Club?

MIGUEL.—No tuve paciencia. En el portal estaba.

ISABEL.—¿Y quién le avisó?

MIGUEL.—Curro.

CURRO.—El señor conde, al salir, me previno de que cuando la señora y señorita se abrazasen bajara en su busca.

ISABEL.—(*A Miguel.*) ¿Tan seguro estaba usted?

MARISA.—(*Desde un rincón.*) ¿Y si no nos hubiéramos abrazado?

MIGUEL.—¡Habría prendido fuego a la casa!

MARISA.—(*Recobrando su valor.*) Pues prepárate. No sé si porque la prendas fuego, pero que se hunda sobre nosotros no es nada difícil. (*A Curro.*) Tráeme al señorito Juan como sea.

(*Vase Curro.*)

MIGUEL.—(*Con mayor extrañeza.*) ¿El señorito Juan? ¿Qué pito toca en todo esto el señorito Juan?

MARISA.—¿Pito, eh? ¡La orquesta guatemalteca, por el escándalo que va a armar. ¡Prepararse! (*Con gran solemnidad.*) ¡Acabo de prometerle mi mano!

MIGUEL.—¡Cataplún!

ISABEL.—¿Será posible?

MARISA.—Como lo oyes. (*Pausa.*) Y ahora ¿qué hacemos? Porque a estas horas ya debe saberlo todo Madrid.

MIGUEL.—¿Tú le autorizaste...?

MARISA.—A ponerlo en las pizarras de *La Voz*. A publicarlo haciendo sonar la sirena de *A B C*. ¿Qué creías? ¿Que no iba a tomarme mis represalias?

MIGUEL.—(*A quien empieza a agotársele la paciencia.*) ¡Pero, hijita mía! ¿No harás más que disparates?

ISABEL.—Tienes razón, Miguel. ¡Esto no es formalidad!

MARISA.—¡Formalidad! ¿Para qué sirve eso? Una vez que me he sentido formal ha sido para llorar... Pero tenéis razón. Ha sido una torpeza. Una obcecación de mi amor propio.

ISABEL.—¿Y qué vamos a hacer?

MIGUEL.—(*Con gran resignación.*) ¿Qué quiere usted que hagamos? ¿Qué *haremos* los hombres constantemente, mientras el mundo sea mundo, sino *deshacer* los errores que cometen nuestras mujeres?

MARISA.—¡Eh, que todavía no lo soy!

MIGUEL.—¡Y ya ves lo que me cuestas! Conque cuando lo seas...

(*Sale CURRO.*)

CURRO.—El señorito Juan acaba de llegar.

MIGUEL.—(*A Isabel.*) Entreténgale un minuto. (*A Marisa, que quiere escaparse sin ser vista.*) No, tú no te vayas. Eres tú la que ha de remediarlo todo.

(*Vase Isabel. Marisa y Miguel solos.*)

MIGUEL.—¡Vamos, pronto! ¿Cuál ha sido el trato?

MARISA.—Entregarle el usufructo de mis catorce millones y reconocerle la copropiedad de los cigarrillos desde el día de nuestro casamiento.

MIGUEL.—¿A cambio de qué?

MARISA.—A cambio de que no se acerque a mí ni para darme el agua bendita.

MIGUEL.—Dile que pase.

MARISA.—(*Desde la puerta del foro, extremando su amabilidad.*) ¡Juanito! Ya puedes pasar.

(*Entra JUANITO un poco lívido, pero dueño de sí.*)

JUANITO.—(*Bajo a Marisa, al entrar.*) ¿Me quieres explicar?...

MARISA.—(*Bajo también.*) Ya te lo explicarán.

(*Juanito, como si hasta entonces no hubiera visto a Miguel se queda parado y se inclina ligeramente.*)

MARISA.—Mi hermano... El conde de San Cristóbal...

(*Ellos se saludan fríamente. Pausa.*)

MIGUEL.—Caballero... Después de lo que ha hablado usted con Marisa, le parecerá un poco extraña mi presencia aquí.

JUANITO.—(*Desdeñoso.*) No, señor. A mí ya no me extraña nada. Usted dirá.

MIGUEL.—¿Vamos a ser claros?

JUANITO.—Vamos.

MIGUEL.—¿Y breves?
JUANITO.—Eso quiero.
MIGUEL.—(*A boca de jarro.*) Entonces... ¿cuánto desea usted or renunciar a la mano de Marisa?
JUANITO.—Nada.
MIGUEL.—(*Como si no entendiera.*) ¿Renuncia usted gratuitaıente?
JUANITO.—No, señor. No renuncio.
MIGUEL.—No sé si me he explicado bien. Quiero decir que onga usted el precio que guste con tal de que no se case us-d con ella. La cantidad que usted determine le será abona-ı en el acto.
JUANITO.—El amor de Marisa vale tanto que no hay precio sible.
MIGUEL.—Muy cortés.
JUANITO.—Es costumbre.
MIGUEL.—Pero no se trata de eso. De sobra sabemos usted yo que no hay dinero en el mundo para rescatar a Marisa. mpoco lo hay para comprar la gloria, y nos hacemos la sión de comprarla con unas misas. ¿Qué vamos a hacer, si tenemos otra cosa? Todo es relativo. Ajustemos, por lo tan- nuestros actos a esa relatividad. Si usted tuviera que re-nciar a un tesoro, ¿en cuánto lo tasaría?
JUANITO.—Según las circunstancias.
MIGUEL.—Hágalas usted valer también.
JUANITO.—Pues vamos a suponer que yo me allanase al go de ustedes. En ese caso, ¿me permite usted que exami- los perjuicios que se me ocasionarían y de qué había de emnizárseme?
MIGUEL.—Preferiría una cifra global, sin detallar. Pero si ed quiere...
JUANITO.—Para que se den ustedes cuenta del sacrificio que supondría para mí. (*Cortándola con un ademán y hablan-ı Miguel sin mirarla.*) En primer término, el dolor. Yo pro-ba a Marisa un amor de idolatría del que no me conso- nunca. Eso puede valer...
MARISA.—Luego, luego... Es mejor en total, como dice Mi-. Ahora no hables de números. Habla de sentimientos...
JUANITO.—(*El mismo juego. Sin mirarla.*) Bien. El dolor.
MIGUEL.—Bien. Ya está dicho.
JUANITO.—La desilusión. ¿Con qué reemplazar ahora la ilu- que yo había puesto en Marisa?
MARISA.—¡Oh! ¡Eso no es difícil!

MIGUEL.—(*Impaciente, imperativo.*) ¡Siga usted!

JUANITO.—¿Le urge mucho acabar?

MIGUEL.—Sí, señor. ¡Mucho! El dolor... La desilusión...

JUANITO.—El descrédito.

MIGUEL.—Eso es lo que va usted a hacer valer más. ¿Habí usted ya publicado su próximo matrimonio?

JUANITO.—¡Pero, por Dios, si lo sabe todo el mundo! ¡Si l sabían de siempre! ¡Si no se hablaba de otra cosa! Ustedes comprenderán que ahora, dada la impecable y merecidísima reputación de que goza Marisa, nadie va a creer que la culpa de esa ruptura ha sido suya. ¿Y qué pensarán de mí? ¡Lo menos que están autorizados a suponer es que soy un sinvergüenza, un vividor, un arribista! ¡Y eso no!

MIGUEL.—¡Por los clavos de Jesús! ¿Quién va a pensar eso

JUANITO.—Y sobre todo, Marisa, este desprecio. ¡Lo que má me ha llegado al alma! ¡Lo que nunca sabrá nadie! ¡Lo qu no saldrá jamás de mis labios, pero permanecerá siempre e la intimidad de mi ser, como una herida abierta: haber juga do conmigo, haberte aprovechado de mis sentimientos par hacer caer en la trampa a este caballero.

MARISA.—(*Sinceramente ofendida.*) ¡Juan!

MIGUEL.—(*Interviniendo.*) Hasta aquí hemos llegado y d aquí no podemos pasar. ¡Le prohibo a usted juzgar a Ma risa! ¡Ni para bien ni para mal!

JUANITO.—(*Levantando el tono.*) ¡No olvide usted que est usted en mi casa!

MIGUEL.—Dice usted bien. Y usted es tan caballeroso que l hace valer. (*En tono contenido, pero con absoluto desprecio.*) ¡Parece mentira que se pueda ser tan joven y tan farsante!

MARISA.—(*Un poco asustada. Conciliadora.*) Terminemos d una vez. Yo reconozco que hice mal. Que fuí una aturdida, u simple... ¡Echadme a mí todas las culpas y acabemos! *Juanito.*) Si es preciso, además, pedirte perdón, tenlo por p dido.

MIGUEL.—(*Autoritario.*) ¡No es preciso! Insisto en rogarle q determinemos una cantidad.

JUANITO.—No lo conseguirá.

MIGUEL.—¿Tiene usted algún trato particular que obligue Marisa?

JUANITO.—Tengo su palabra.

MIGUEL.—Bien. Pero algo más. Algún compromiso en form Algún documento.

JUANITO.—(*Cerrando los puños con rabia.*) ¡Ah! ¡Me ha g nado usted la mano!

MIGUEL.—(*Dueño de la situación. A Marisa.*) Pues siéntate ahí. *Por una mesa donde hay recado de escribir.*)

MARISA.—(*Dudando.*) Miguel...

MIGUEL.—¡Siéntate ahí y escribe! (*Pausa. Marisa se sienta a cribir. Miguel saca un papel de una cartera, moja la pluma poniéndoselo todo a Marisa, dicta. Juanito, inmóvil, sin iber qué hacer. Miguel, dictando.*) "Por este documento, y a artir de la fecha, renuncio a todos mis derechos sobre la aboración y venta de los cigarrillos "Calcuta" en favor de i hermano político don Juan Prado Río de la Vega y Raírez." (*Marisa escribe; Miguel, a Juanito.*) ¿Le parece bien? *uanito, siempre inmóvil, no contesta.*) ¿Aun nos quedamos rtos? (*A Marisa.*) Pues añade (*Volviendo a dictar.*): "También ır el presente me obligo a entregar a dicho señor don Juan ado Río y Ramirez, el dia de mi casamiento con don Miguel ıgel Campo Alegre, conde de San Cristóbal, un tercio de la te que me corresponde percibir, consistente en el producto uido de los referidos cigarrillos desde el día en que me fué lida su propiedad." (*Marisa escribe. Miguel, a Marisa.*) ¿Tú ás conforme?

MARISA.—Sí.

MIGUEL.—Pues pon la fecha y firma rubricando.

(*Pausa larga. Marisa lo hace. Juanito parece un poco desmpuesto, pero se mantiene en su actitud.*)

MIGUEL.—(*A Juanito, cuando Marisa ha concluído.*) ¿Quiere ed tener la amabilidad de coger este papelucho? (*Pausa. Juao duda. Luego se dirige a la mesa, lo coge y se lo guarda.*) ıy bien. No creo que aun le haya quedado ningún resquemor.

JUANITO.—Es usted muy hábil.

MIGUEL.—¿Nada más?

JUANITO.—Y muy generoso. Porque ese dinero le hubiera perıecido a usted a poco que se hubiera usted hecho fuerte, sin yo pudiera rechistar.

MIGUEL.—Ya lo sabía.

JUANITO.—¿Y tira usted de ese modo una fortuna?

MIGUEL.—¿No vale ese dinero y mucho más la satisfacción que me está contemplando esta criatura? ¿A usted le han rado así alguna vez? (*No miente. Marisa le mira con amoa admiración.*) Además quiero que sepa usted que de los tercios restantes que aun pertenecen a la que va a ser mi jer, yo no he de hacer el menor uso. Ella y su madre lo plearán como mejor gusten. Aunque a usted le parezca exño, estoy acostumbrado a ganarme la vida con mi trabajo.

JUANITO.—*(Por una vez, sincero.)* ¡Ojalá pudiera yo hacer otro tanto! ¡Pero no me han enseñado!

MIGUEL.—También eso es cierto. En el fondo, puede que sea usted un desgraciado.

JUANITO.—No lo dude usted. Sin salvación posible. En fin, ¿usted deseaba algo más de mí?

MIGUEL.—Nada, señor.

JUANITO.—*(A Marisa.)* ¿Tú tampoco?

MARISA.—*(Compadecida.)* Nada, Juanito.

JUANITO.—Pues que la Providencia, o quien sea, les haga más felices que a mí. No es muy airoso este mutis, pero hay que tomar las cosas como vienen. *(Se va Juanito.)*

(Marisa y Miguel solos.)

MIGUEL.—¿Estás contenta?

MARISA.—¡Mucho! Soy dueña de mi libertad y de mi amor, y hasta me parece que me he quitado de encima un peso muy grande devolviendo a su dueño lo que no me pertenecía. ¡Todo esto a ti te lo debo! ¡Y eso que aun nos hemos reservado un buen pellizco!

MIGUEL.—*(Recalcando mucho la palabra, con extrañeza.)* ¿No acabas de oirme lo que le he dicho a Juan y hablas así? Si aun te queda ese pellizco, como tú dices, es porque no me creo con derecho a desposeerte de lo que puede ser la garantía de tu tranquilidad en el caso de que yo falte o no pueda dártela.

MARISA.—¿Y tú no estás contento?

MIGUEL.—Regular. Piensa en tu conducta, en tu mal comportamiento.

MARISA.—¿Vas a decirme en serio las mismas palabras que Juanito?

MIGUEL.—*(Con fingido enfado.)* Las mismas. Que has jugado con mis sentimientos. Que llevo una herida abierta en mitad del corazón. Que tu desprecio es lo que más me ha dolido y que para expiar tu pecado has de ingresar en un convento. Puedes elegir: las Teresas, de Avila; las Huelgas, de Burgos, o las Leandras, de Sevilla.

MARISA.—Con Sevilla me quedo. Las monjas andaluzas son muy saladas... ¡y muy divertidas! Por lo menos para Palacio Valdés. El plazo de expiación ¿será muy largo?

MIGUEL.—¿Por qué? ¿Por el equipo?

MARISA.—¿Y si ya estuviera preparado?

MIGUEL.—Un año, por lo menos.

MARISA.—*(Muy zalamera.)* ¿Podrías vivir un año sin mí?

MIGUEL.—He vivido treinta y ocho...

MARISA.—Treinta y siete... ¡No presumas de viejo! Pero se e ocurre una idea.

MIGUEL.—Tú dirás.

MARISA.—Yo creo que arreglándolo un poco podría servir. e cambian las tocas por un velo... La cruz por un adorno e perlas... Y el rosario...

MIGUEL.—(*Atajándola.*) Por un ramo de azahar. ¡No sigas, ue se me hace la boca agua!

MARISA.—¿Te conmueven las estampitas?

MIGUEL.—(*Sin poder contener su alegría.*) ¡La tuya, criatura! Tu estampa bonita, que bendita sea con todas sus zalamerías travesuras! ¡Tu estampa de virgen y de reina, que debía enerarse en todos los altares! ¡Alza esa cara, chiquilla; míame bien a los ojos y pide por esa boca divina, que si quies un mundo, un mundo tendrás a tu capricho!

(*CURRO, apareciendo en el foro.*)

CURRO.—Con permiso de los señores. ¿El señor conde va a rmanecer aquí mucho tiempo todavía? Lo digo porque han rrado el portal. Los porteros, por no perder la costumbre, se n ido al cine. El señorito Juan, que acaba de salir, se ha lledo una llave. El señor me pide ahora la otra para marchar- también, y me temo que el señor conde vuelva a encontrar- en la misma situación quc la noche en que tuvimos el hor de conocerle.

MARISA.—¿No quedamos en que en lo sucesivo siempre teníamos una llave de reserva?

CURRO.—Sí, señorita. Pero el señorito Juan ha perdido la ya y he tenido que dársela.

MARISA.—(*A Miguel.*) Entonces... no hay solución.

MIGUEL.—(*Decidido.*) Sí la hay. Curro avisa al señor.

MARISA.
CURRO. } (*A la vez, extrañadísimos.*) ¿Al señor?

MIGUEL.—Creo que, siquiera por cortesía, debemos darle enta de nuestra determinación. Al fin y al cabo, es el jefe familia. Y de paso, cumpliremos un trámite forzoso.

MARISA.—Está bien. (*A Curro.*) Avísale. (*Se va Curro.*) ¡Qué caso tan grande, Miguel! ¡Qué fracaso para una muchacha oderna! Noviazgo vulgar... Petición de mano solemne... Y samiento con todos los requisitos. ¡Nada extraordinario! ¡Ni a aventura que salga de lo común!

MIGUEL.—Si prefieres el rapto, todavía estamos a tiempo. Pero advierto que lo que acabas de hacer no es muy corriente.

Pagar cuatro millones seiscientas sesenta y seis mil seiscientas sesenta y seis pesetas con sesenta y seis céntimos, que es el tercio de tus catorce millones, por quedarte en libertad de elegir marido a tu gusto, no es cosa que se ve todos los días.

MARISA.—(*Riéndose.*) ¡Mira si eres un marido caro!

MIGUEL.—¡O mira si vale tu marido!

MARISA.—(*Mirando hacia la puerta.*) Ya viene. ahí te dejo. Prepárate a recibirle con la debida solemnidad. (*Marisa se va por el foro. Luego corre las cortinas y asomando la cabeza entre ellas contempla la escena hasta el final. Miguel adopta una actitud apropiada.*)

MIGUEL.—(*A Marisa.*) ¿Estoy bien así?

MARISA.—(*Desde su escondite.*) Perfectamente. ¡Prevenido!

(*Sale CURRO. Se cuadra rígidamente junto a la puerta y anuncia.*)

CURRO.—¡El señor!

(*Marisa tose maliciosamente. Miguel hace una profunda reverencia.*)

TELON RAPIDO





RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID